

## CORRESPONDENCIA

## CHINA

*El P. Ibáñez y las Misiones de China*

Hace tres años, ó sea en 16 de Febrero de 1890, escribía el ilustrísimo P. Ibáñez la siguiente interesante relación que publica la preciosa Revista *El Santísimo Rosario*, en la que se compendian los principales sucesos ocurridos en las Misiones dominicanas de China, principalmente en la provincia de Fogán, desde 1887.

No sé cómo arreglarme, escribía al Padre Provincial, para darle una noticia exacta, evitando ser prolijo y pesado. Así me ceñiré á referir por alto el curso de los hechos, sin bajar á ciertas particularidades que harían pesada y fastidiosa su lectura.

Por lo que decía el señor Vicario apostólico en otra relación, verá V. R. el estado miserable que presentaba esta Misión de Fogán; no parecía sino que todas las furias del infierno se habían desencadenado contra ella. El furor de los gentiles contra la Religión católica se parecía á un río desbordado que inunda y arrastra todo lo que halla á su paso: jamás se había visto en Fogán un levantamiento tan extenso, ni una uniformidad tan completa. No había pueblo grande ó pequeño, aldea ó tugurio, lugar de comercio ó casa solitaria de gentiles en que no se oyese el clamor de general exterminio contra las iglesias, misioneros ó cristianos.

En vista de tamaño furor, vería V. R. cómo las iglesias envueltas en horroroso incendio, iban desapareciendo una tras otra; cómo los misioneros estaban ocultos y á sombra de tejado, los cristianos tristes y des-pavoridos. Si entonces no acabaron con todos nosotros, especial protección fué de Dios, que así como detiene las olas embravecidas de la mar, estrellándolas contra la humilde playa, del mismo modo contuvo y reprimió furor tan violento, con sólo ponerse algunos valientes

cristianos á la defensa de las iglesias; si no es por esto, de las veinticuatro iglesias que hay en Fogán, no queda una en pie. Era verdaderamente un espectáculo triste y desgarrador oír por un lado la gritería de los gentiles, las blasfemias y maldiciones que echaban, junto con las ideas de exterminio que propalaban; y ver por otra, las llamaradas de las iglesias quemadas, y las inquietudes y sustos de todas las cristiandades amenazadas de imprevisto, ignorándose el desenlace de tan funesto drama.

Debo advertir á V. R., que dado el carácter de estos foganeses, si bien bárbaro y estúpido, es, no obstante, tímido y cobarde. No se explica un desbordamiento tan feroz y general sino suponiéndolos eficazmente apoyados por los mandarines.

Este golpe estaba decretado desde la guerra francochina del 84, por suponernos unidos con los franceses; pero no habían tenido ocasión propicia de ponerlo en práctica, y si alguna vez lo intentaron, tal vez temieron que su plan abortase, y así lo dejaron para mejor ocasión.

En la relación del señor Vicario apostólico sale con frecuencia un mandarín llamado *Van suchunl*, á quien yo llamé *Bung-ló*, por ser éste el nombre que le dan en Fogán. Este hombre, aborto del infierno, fué la causa principal de todos estos trastornos. Ya á fines del año 85 vino de mandarín á Fogán, y desde luego se vió que miraba con malos ojos á los misioneros y cristianos. Cuando algún cristiano tenía alguna cuestión con los gentiles, ya se sabía que por más justicia que el cristiano tuviese, había de perder, y tras de eso palo duro.

Yendo una vez dicho mandarín al pueblo de Muc-yiong, en ocasión en que los letrados de dicho pueblo pensaban edificar un *bunchiong-kol* (fano para academia de letras chinas), les animó á ello, les dió cien pesos y les dijo públicamente que procurasen levantarlo cuanto antes y se diesen á las letras, para arrancar de raíz la Religión á los cristianos de Fogán. Otra vez,



Ilmo. ARMANDO FRANCISCO MARÍA DE CHARBONNEL, capuchino  
(Pág. 470)



habiendo los gentiles destruido la tienda de un cristiano, porque les dió la gana, y además apaleándole, en vez de hacer justicia á la parte cristiana, no sólo no restituyó nada, sino que le mandó dar más palos, diciéndole que ya que comía la morisqueta de China y vestía tela del país, ¿por qué no seguía al emperador y renegaba de la Religión de los europeos?

Con motivo de esto, dimos parte al cónsul ruso, por no haber en Focheu cónsul francés; y aunque poco ó nada conseguimos á favor del cristiano, sin embargo, como en aquel entonces el virrey se hallaba acusado y comprometido en Pekín por ciertas estafas que había cometido, viendo que el Bung-ló andaba buscando tres pies al gato, y alborotando á los cristianos de Fogán, temió dicho virrey, le llamó á Focheu y le puso de mandarín en la capital. Algo sintió el Bung-ló el desaire, y que por cuestión de cristianos le sacasen de Fogán; pero le vino muy bien dicha traslación para sus malos fines, porque sin temor de ser comprometido, podía tramar contra los cristianos con mejores resultados, como efectivamente lo hizo.

Para esto procuró antes ganarse el afecto del virrey y que tuviese entrada un letrado de Fogán, amigo íntimo suyo y enemigo el más acérrimo de los cristianos.

Cuando por causa de la edificación de la iglesia de Muc-yion, empezó el pueblo á alborotarse y á no dejarla edificar, les pareció que ésta sería la mejor ocasión de ejecutar sus planes. Escribió á los letrados y ricos del pueblo, animándoles á que se opusiesen á edificar dicha iglesia, y que dado caso que les saliese mal el negocio, él se comprometía á ayudarles si le compraban el mandarinato de Fogán, pues volviendo él otra vez de mandarín, nada tenían que temer. Estas cartas fueron las que después le pusieron en bastantes aprietos y compromisos, y por ello nos ha fastidiado tanto.

Los letrados de Muc-yion, bajo este salvoconducto, incitaron á la plebe y gente perdida, que allí abunda mucho; y ésta, sin pararse en barras, pues nada tenía que perder, no cesó hasta quemar la iglesia antigua y robar todo lo que había. Una vez dado este paso, y habiéndoles salido bien, prosiguieron en llevar su diabólico plan adelante. Lo primero que se propusieron fué quemar la iglesia donde yo estaba, pues una vez quemada ésta, decían, las demás es fácil; pero los miserables no contaron con la huéspeda.

Para llevar á efecto la quema de esta iglesia, se unieron con los gentiles de allí y propusieron la idea de hacer una famosa procesión al ídolo Sian-hung, para de ese modo atraer toda la gente posible. No se engañaron, pues fué tal el gentío que acudió, que entre hombres y mujeres pasarían de cincuenta mil, sin contar la gente de la villa que pasa de veinte mil almas. A los que no han visto procesiones diabólicas en China, les parecerá excesiva tal reunión de gente; pero entre los chinos, cuando les ciega el fanatismo, en sus reuniones diabólicas anda la gente más espesa que los mosquitos en una bodega, y sobre todo en ésta que la hacían para destruir las iglesias.

Con tanta reunión de gente ya les fué fácil conseguir su objeto. Ya va para tres años que quemaron la iglesia, y cada vez que recuerdo lo que pasó en mi presen-

cia, se me erizan los cabellos, y me veo obligado á acatar los justos juicios de Dios al permitir que todo les saliera á pedir de boca.

Antes de quemar la iglesia de Muc-yion, habían tenido una riña los gentiles con los cristianos, por no permitirles á éstos cargar los materiales para la nueva iglesia. Se dió parte á Focheu, y el Sr. Frandin, que por una providencia muy especial de Dios se hallaba de cónsul en Focheu, siendo así que desde el 84 no había habido cónsul en dicha ciudad, avisó al virrey, instándole á mandar tropa á Fogán y algún delegado, ya para arreglar dicho negocio, ya para evitar que la cosa pasase adelante como nos temíamos. El taimado Bung-ló, que, como he dicho, estaba tramando en Focheu y atisbaba todos los pasos que se daban, ya que no pudo conseguir del virrey que no mandase la tropa, procuró al menos que retardase su salida algunos días, avisando entre tanto á los de Muc-yion que procurasen cuanto antes quemar la iglesia; avistándose también con el capitán de los soldados y con el delegado del virrey para darles sus instrucciones. Apuradilla andaba la cosa, porque el mismo día 2 de Diciembre en que el vapor llegó con los soldados á la desembocadura del río de Fogán, ese mismo día, unas tres ó cuatro horas antes, habían quemado la iglesia. Los mandarines, delegados y militares, al saber tal noticia se encogieron de hombros, y en vez de procurar atajar lo comenzado castigando á los culpables, como yo con urgencia se lo decía, me respondieron que habiendo mudado las circunstancias del negocio no se atrevían á dar determinación alguna hasta recibir nuevas órdenes de la capital. ¡Bribones, en un negocio de tanta urgencia salir con esa pata de gallo! Por aquí se ve que cual más, cual menos, todos estaban conchabados.

Se da nuevo aviso á Focheu sobre lo ocurrido, y el señor Vicario apostólico y el Cónsul vuelven á instar al virrey, y éste por de pronto manda al prefecto de Foning, distante doce leguas de Fogán, que inmediatamente se presente en Fogán con doscientos soldados. Dicho prefecto se presentó, pero sin los soldados; los que habían llegado de Focheu, ya se habían vuelto otra vez: por otra parte, el día prefijado para la procesión estaba encima, y los gentiles de todo Fogán ya se iban reuniendo. Viene el prefecto á la iglesia á visitarme, le expongo el peligro en que nos encontramos, y me responde con mucho énfasis: «No hay que temer, no llegará á suceder lo que me dices.» *Tu dixisti!* Al día y medio de decirme «no hay que temer,» ya estaba mi iglesia, casa y todo hecho un montón de ruínas, y si me descuido yo allí me asan... Los gentiles viendo que todo les salía á las mil maravillas, y que por parte de los mandarines poco ó nada había que temer, como si fuesen una manada de toros furiosos, se decidieron á concluir de una vez con iglesias, misioneros y cristianos.

Mas, Dios Nuestro Señor, que en su infinita misericordia no quería confundirnos, sino tal vez castigar nuestros pecados, infundió valor á algunos cristianos para defender sus iglesias, y de antemano nos había dado el Sr. Masot por vicario apostólico y al Sr. Frandin por cónsul en Focheu. Si la Misión de Fogán no se fué á pique, después de Dios Nuestro Señor y de su



Santísima Madre, no hay duda ninguna que se debe al carácter especial de dichos señores.

Lo que sucedió después ya lo dice el Sr. Masot en su relación. Por ella podrá ver V. R. cómo después de tanto aparato de generales, soldados y grandes mandarines del Consejo de Estado, no hicieron nada. Si el prefecto de Foning dió una proclama y encarceló á unos cuantos granujas, más fué por paliar un poco la cosa, que por amor de la justicia. También metió en la cárcel á unos cuantos cristianos, con el fin, decía él, de poder encarcelar mejor á los cabezas de la revolución. ¡Farsantes! y para remachar más el clavo, me mandan de mandarín á Fogán á aquel malvado Bung-ló, causa principal de todo, según lo había antes profetizado.

En efecto; poco después, y á mediados de Enero del 88, llegó el Bung-ló á Fogán y representó aquella farsa que cuenta S. S. A poco de llegar él, los generales To-tai, los grandes mandarines y demás prefectos fueron desfilando uno tras otro, con los bolsillos bien repletos, como es de suponer; y los soldados que vinieron sin municiones ni cartuchos, como es de ordenanza cuando se mandan nada más que para cumplir con el expediente, también entraron á la parte. De modo, que después de tanto aparato, se nos quedó el demonio mayor del Bung-lo, dueño absoluto del campo, con órdenes del virrey para arreglar el asunto y hacernos justicia. ¡Santos cielos! ¿No ve V. R. qué bien urdida la tenían?

Y ¿qué hizo este Bung-ló? Lo que el lobo de la fábula, esto es, que los cristianos que bebían de la parte de abajo, enturbiaron el agua de la parte de arriba en que bebían los gentiles, pues ni más ni menos; allí, en pública plaza, delante de todos los magistrados y el pueblo, tuvo la desvergüenza de decir que toda la culpa de todos estos trastornos la tenían los cristianos. Muchas gracias, señor. Ya sabíamos que su padre de V., el diablo, enseñó á sus predecesores los mandarines judíos á acusar de ese modo.

Dispénseme V. R. por haber hecho este epílogo tan largo, pues como ya hace tanto tiempo que sucedieron estas cosas; lo juzgué necesario para enlazar el hilo de los hechos referidos en la anterior relación.

(Se concluirá).

## GOLFO DE GUINEA

### XII

#### *Aprendizaje de un misionero*

**E**RA una mañana de Noviembre del año 1887: un mes únicamente había que pisaba el suelo africano: frescas se hallaban todavía las impresiones primeras de un país extraño, de una gente salvaje y de un terreno inculto: aun no había probado ni los sinsabores de una noche pasada al sereno sobre una mal labrada tabla, ni los desagradables efectos de un prolongado mareo, ni las necesarias privaciones á que con frecuencia se ve expuesto el hombre apostólico en países de infieles: era un misionero novel en el oficio. Deseosos mis amados Superiores de que aprendiera de viva voz los primeros rudimentos de la lengua bubí, y de que

viera los adelantos de la recién fundada Misión de San Carlos, enviáronme allí en calidad de aprendiz.

Partimos, pues, de Santa Isabel, con próspero y favorable viento, tres Padres misioneros y algunos niños bubís; mas aun no habíamos perdido de vista la tan célebre capital de la isla, cuando ya estaba yo enterado de la primera lección de misionero. Vahidos de cabeza, fuertes arcadas y continuos vómitos me tenían completamente postrado y tendido bajo los asientos de la pequeña embarcación. Lo que padecí en aquel primer ensayo, no es para describir; el que haya viajado en tales embarcaciones sabrá formarse una idea. La dureza y humedad de las tablas que me servían de cama, la estrechura del lugar y entre los pies de los tripulantes, el sofocante calor, y de cuando en cuando algún chubasco, junto con el insoportable olor del alquitrán, etc., daban al pobre aprendiz un malestar, que había para alabar á Dios. La lección quedó bien grabada en la memoria y hasta casi en las costillas. Recé allí acostado en tan mullida cama, y dulcemente mecido por las incansables olas, el Oficio Divino y el Santo Rosario, probando de cuando en cuando de levantar la cabeza para admirar la belleza y seriedad de los bosques, los colorados peñascos que salen á flor de agua y otras preciosidades desconocidas en Europa.

Así pasamos aquel famoso día, que parecía interminable, acostados sin estar enfermos, y en ayunas sin tener deseos de ayunar.

Entrada ya la noche determinamos bajar á tierra un rato, no tanto para descansar y reparar las fuerzas, cuanto para dar lugar á los krumanes á cocer el arroz; porque si nosotros no chop, no puede trabaja, decían ellos. Arrimado el bote á la entrada de un pequeño río, nos dirigimos á una casucha ó cobertizo, habitación de algunos indígenas: éste fué el palacio que para aquella noche nos deparó la Providencia.

La sala principal del edificio se nos cedió por entero, y hasta merece ser descrita. Delicados tejidos fabricados por las arañas colgaban de los techos y unían perfectamente las cuatro paredes del salón: el piso, que jamás se había visto visitado por la escoba, estaba ricamente alfombrado por la negra tierra: formaba el alumbrado un viejo candil cebado con aceite de palma, y por torcida algunos filamentos de hojas arrollados en forma de cuerda, ardía á las mil maravillas, y cuando á este luminoso faro se añadía un palo untado con el mismo aceite, entonces... ni el alumbrado de París. En medio de la pieza se destacaba la gran sillería formada de algunos palos horizontales atados á otros fijos en la tierra, lo que constituía una especie de cama, que servía Dios sabe para cuántas cosas.

Recostados modestamente sobre el poco mullido sofá, rezamos, merced á tan precioso alumbrado, nuestras devociones, en el ínterin que los krumanes guisaban al aire libre su tan suspirado *chopi* con una algazara que daba ganas de echar á correr.

Concluidas nuestras preces, tratamos también de tomar una módica refección, y así, sin preámbulos, sacamos nuestras provisiones. Yo me sentía tan mal, que no me vi con ánimo de probar cosa alguna; únicamente me parecía bien un poco de sopa bien caliente. «¡Nada, pues, me dijeron mis compañeros, á hacer la sopa!» pero



no tenemos aceite, y sólo un plato y una cuchara ya medio roída por los ratones. No importa: ¡viva la santa pobreza! por alguna cosa hice voto de ella. Hecha y arreglada la sopa, fui á tientas donde estaban los krumanes para escaldarla. Los trabajos que nos vimos para echarle agua no son para contar; no teníamos nada á propósito para ello; suerte que se ocurrió á un krumán el coger una ancha hoja de plátano, y con ella nos salimos del paso. Volvime con la bendita sopa donde estaban mis Hermanos, y después de echada la bendición (que por cierto le hacía falta para suplir el aceite), empiezo á probarla. Después de tanto trabajo como me había costado, no hubo remedio, tuve que dejarla, mi estómago no estaba en disposición de admitir nada. Uno de mis Hermanos compañeros, al ver mi repugnancia, quiso darme una enseñanza práctica de que el misionero ha de estar dispuesto á todo y no le ha de arredrar, ni siquiera la falta de lo necesario; y así con la velocidad del rayo mete una en pos de otra sus manos en el plato, y de dos puñados se engulle la tan famosa y bien aderezada sopa. ¡Bendito sea el Señor! ¡si será escrupuloso este Padre! dije yo; ¡ni siquiera cuchara le hace falta para comer! Fué tanto lo que me cayó en gracia la tal salida, que jamás se me ha borrado de mi mente, y puedo asegurar que desde entonces muchas veces he tenido también que meter en el plato los cinco dedos, bajo pena de ayunar días enteros. Una lección práctica queda mucho: ya había aprendido á comer con los dedos, sacar agua de la olla con una hoja, y á estar echado sobre desnudas tablas. Adelante.

Nos recostamos un poquito sobre aquella *mullida* cama, y acto continuo comparecieron unos grandes ratones, sin duda á recoger los restos de la opípara cena. ¡Si se nos comerán las orejas estos benditos bichos! ¡Conviene no bajar la luz, y abrir el ojo, que tal vez hayamos de entrar en combate! Los mosquitos cuidaron de hacernos dejar la cama antes de la aurora. Entramos de nuevo en nuestra embarcación, y satisfechos por haber salvado las orejas de los asaltos de los bárbaros, dirigimos el rumbo á la playa de San Carlos. A las once de la mañana, cual inocentes niños en brazos de su madre, fuimos en brazos de krumanes puestos en la playa. Al momento nos vimos rodeados de los niños de la Misión y de algunos otros curiosos que habían comparecido, adornados con el ropaje de Adán en el Paraíso, ávidos de presenciar nuestra llegada. Un Hermano coadjutor que estaba montando una pequeña cabaña en aquel espeso bosque, salió á recibirnos y á invitarnos pasáramos á tomar algo, antes de emprender la subida á la Casa-Misión, que distaba unas dos horas.

Mucho me llamó la atención el método de vida de aquel buen Hermano, y el espíritu de sacrificio de que estaba revestido. Dijonos que bajaba los lunes de cada semana con algunas provisiones, y que permanecía allí hasta el sábado, en que se volvía arriba á la Misión, ya para confesarse, ya para celebrar el domingo, ya también para conferenciar con los demás. Allí vivía casi al aire libre: tres ó cuatro planchas de zinc arrimadas á un árbol formaban el tejado de su cama, y otras tres ó cuatro la cocina y repostería: allí en la soledad del bosque hacía sus devociones, trabajaba y se arreglaba la comida; parecía uno de los Padres del yermo. Como

aquel día vió venir el bote de Santa Isabel, procuró poner al fuego la olla grande, pues ya daba por supuesto que serían varios á comer. Y no se engañó, porque además de los siete ú ocho individuos que veníamos de Santa Isabel, compareció también todo el colegio de San Carlos.

Como en aquellos países el traje de los Hermanos es igual al de los Padres, de aquí que los niños, así que llega un individuo de los nuestros, se ponen de acecho para verle la corona é irle á besar la mano. Son tan listos en esto que jamás tienen necesidad de preguntarlo, ni retardan tampoco el saludo por este motivo; apenas uno llega, ya saben ellos su obligación.

Reparadas un poco las fuerzas, emprendimos aquel interminable camino por entre los espesos bosques, sin ver donde nos dirigíamos siquiera; aquello parecía estar ó andar por entre un túnel; apenas podía el sol con sus brillantes y ardorosos rayos penetrar aquellas selvas.

Los niños llevaban cada *quisque* su hatillo de provisiones para la Misión, quien un saquito de arroz, quien un garrafón de vino, quien alguna lata de conserva, etc., (porque no hay allí animales de carga). Observé que á la subida andaban muy solícitos, unos en cargarse de piedras, otros en cortar palos, otros en arreglar los ya cortados, etc.: me llamó esto tanto la atención, que pregunté al Padre Superior de la Casa: «¿Por qué estos muchachos hacen esto? ¿No van por ventura bastante cargados? — ¡Oh! esto lo hacen siempre; ya verá V., aguarde un poco, antes de llegar á casa ya los harán servir,» me contestó. ¡Si querrán pelearse estos niños! decía para mí. Preguntélos á ellos, y tampoco me lo dijeron claro: «V. va mira que cosa nosotros hace;» y entre tanto iban añadiendo carga sobre carga. ¡Bendito sea el Señor! á ver qué saldrá de tanto aparato.

Llegamos ya muy cerca de la Misión (aunque la espesura del bosque no dejaba ver cosa alguna), y oigo unos garrotazos... unas pedradas... y unos insultos, que daba miedo. «¡Cochino! decían unos. — ¡Sucio! repetían otros. — ¡Repillo!» gritaban los de más allá, en tanto que unos y otros descargaban sendos garrotazos y pedradas. Y ¿qué había? Nada, se ensañaban contra una alta piedra y un enmohecido cañón. Era el ídolo de los salvajes, *el Morimó*, á quien ellos mostraban grande respeto, y daban profunda y ciega veneración. Al ver esto, dos gruesas lágrimas asomaron á mis ojos, y tras éstas, otras y otras: sí, levanté los ojos al cielo y mi corazón se enterneció. Aquellos pobres niños que mil veces habían hecho sus reverencias á aquellos ídolos, ahora, merced á la luz evangélica, se deshacían en llenar de vituperios á lo que antes llenaban de adoraciones, y parecía querían vengarse del diablo que poco antes les tenía sujetos á tan extremada esclavitud. ¡Pobrecitos! ¡No se les pintarían muy bien al demonio los insultos de aquellos niños!

Llegamos por fin á la casa, que presentaba un golpe de vista muy pintoresco y encantador; á la derecha, el elevado pico de Santa Isabel con toda su hermosísima y fertilísima falda; el de Camerones en el continente africano; los siete pueblos bubís de Basupís, Botinós, Sitesilí, Boloco, Basacato, Coplapla y Uesbe; por delante ofrecía un bello panorama la inmensidad del Océa



no, con los botes y lanchas que majestuosamente cruzaban en todas direcciones. A la izquierda, ó sea al Sudeste, los pueblos bubís de Bococo y Oreca; y al Sud, el pico de San Carlos y una esbelta cordillera de montañas tapizadas de verdor. Las visitas que tuvimos aquella tarde fueron algo importantes: dos ó tres jefes con sus mujeres, y no pocos chiquillos y curiosos vinieron á felicitar al Padre Superior por su feliz llegada; por todas partes se oían gritos de Oipodi, Potó, Esoco, Soco achi, etc. Les llamaba la atención que uno de los Padres recién llegados llevara anteojos, y pedían si aquello era algún *Morimó*. En una palabra, aquello parecía un mercado, apenas salían unos y ya venían otros. Para librarnos de tanta algarabía y poder ver algunos pueblos salvajes, salimos por la tarde é hicimos una visita

hoja; uno vi que se había puesto una camisita á la parte inferior del cuerpo, esto es, las piernas metidas donde debían estar los brazos, etc. Por fin, apareció el monarca, pero ¡bendito sea Dios! ¡y qué extravagante! Únicamente vestía enaguillas, que ya no se conocía si eran de ropa ó de piel, y un colosal sombrero, en que si no habían engarzado los huesos de un par de gallinas, no había nada: además se había pintoreado de encarnado la parte izquierda del cuerpo, desde la cabeza á los pies; parecía venido del otro mundo. Nos saludó afectuosamente, y hablamos con él largo rato; nos dió á probar el vino de palma en una calabaza que de mano en mano corrió toda la asamblea; nos enseñó el gran número de sus familiares sobre todo de niñas, de unos doce á dieciocho años, que en calidad de esposas



TÚNEZ.—Una familia de akaras, en Zarzis. (Pág. 472)

al rey ó jefe de la tribu. Al presentarnos á su real palacio pedimos audiencia, y se nos contestó que tendríamos que aguardar un rato, pues que estaba en consejo con los ministros. Mientras aguardábamos, recorrimos los edificios ó chozas, y vimos en todas partes objetos supersticiosos, huesos y patas de gallina, cabezas de cabrito, palillos cruzados, plumas y otras diabluras por el estilo; siendo la mayor de todas, á mi parecer, la completa desnudez de aquellas gentes, que ya habían relegado al olvido las naturales leyes del pudor y de la vergüenza. En todas partes se veían rarezas: unos se habían calado un sombrero de copa, repleto de huesos y plumas; otros llevaban al cuello unos cuantos abalorios de diferentes colores; unos se habían puesto una camisa sin mangas; otros llevaban enaguillas de

estaban á su servicio. Era el tal jefe como de unos treinta y dos á treinta y cinco años, grueso de cuerpo y poco hablador; le gustaba mucho la caña; pero en cambio no usaba el tabaco, cosa por cierto que nos llamó la atención; pues allí, sin distinción de sexos ni edades, todo el mundo usa la pipa. Lo primero que las madres enseñan á sus chicuelos, sean niños ó niñas, es á chupar la pipa. ¡Qué espectáculo ver los infantes con la pipa y tomando el pecho!

Concluida nuestra visita y recorridos algunos otros pueblos del dominio del jefe Biabeta (que así se llamaba), nos volvimos á casa para tomar algún descanso. Me enteré del modo como habían recogido los quince niños de que constaba el Colegio, que estaban por cierto muy bien educaditos; y era cosa digna de oírse y de



admirar el modo como llama Dios á sus escogidos. Unos se habían fugado de su casa á pesar de las iras de su familia, otros habían huído á la Misión sin decir á nadie cosa alguna, y así iban explicando uno por uno los peligros y trabajos que habían tolerado para ser fieles á la vocación. ¡Pobres niños! Y ¡cuántos esfuerzos hizo el infierno para apartarlos de su buen propósito! Ellos contentos, alegres y tranquilos á la sombra del Corazón Inmaculado de María, servían de reclamo á otros, que venían á la Misión á hacer sus ventas: ellos les hablaban, les solicitaban á huir de sus jefes, á refugiarse á la Misión, á... y ¡siempre caía alguno en la red! Así se han ido reuniendo los individuos de aquel Colegio, y que hoy empiezan ya algunos á ser padres de familia.

He aquí las primeras lecciones de misionero que se me dieron al llegar á aquellos países, y cómo empecé á ver prácticamente que lo que mucho vale mucho cuesta.

### ECUADOR (América Meridional)

#### *Excursión apostólica.—Progresos de la Misión*

El Rdo. P. Luis Tona, M. A., en carta que en Mayo último dirige al señor Director de la *Revista Franciscana*, dice:

LUEGO de mi arribo á Loja desde la capital de la República, me dispuse para ir al centro de la Misión, y el 14 de Febrero salí para Santa Ana, á donde llegué el 18. Durante mi ausencia los Padres habían trazado el camino desde Loja á la *vega del Oso*, y desde el Sabanilla hasta nuestra residencia de la montaña. Gracias á la liberalidad de nuestro Prelado se colocó el puente sobre el río San Francisco, y luego se podrá venir desde Loja hasta la Misión en cabalgadura; pues sólo falta recomponer algún tanto el estrecho que hay hasta la *vega del Oso*. La vía, aunque no cómoda, es más fácil y menos peligrosa que la del Condor. A nuestra llegada, el día 18, encontramos los jívaros, que con los niños de la escuela y el P. González salieron á nuestro encuentro, y después del saludo *Cómo estando*, se nos acercaron varios desconocidos, que venían en demanda de algún objeto. En estas visitas procuramos aprender algunas palabras de su enrevesada lengua, y tratándolos con cariño conseguimos alejar de ellos todo temor, á fin de que no recelen nuestro trato. Será, empero, difícil catequizarlos, si la gracia de Dios no obra con ellos de un modo violento, como con San Pablo, no obstante, que para conseguirlo no economizamos trabajo ni fatiga alguna.

No pude verificar mi excursión á los jívaros de Logroño; pues en tiempo de aguas ó de invierno es imposible transitar por estos puntos á causa de los peligrosos torrentes que se forman; las piraguas ó canoas son demasiado débiles para fiarnos de ellas. Los mismos jívaros se abstienen de entrar en ellas, no obstante lo determinados que son, y acostumbrados como están á navegar por los ríos. Hay puntos que en verano son peligrosísimos; y el año pasado estuvo á punto de perecer el M. Rdo. P. Vidal y sus compañeros. Se les volvió la canoa, y todos fueron arrastrados por la corriente, aunque gracias á Dios pudieron salvarse, perdiendo cuanto llevaban.

Luego de mi llegada á Zamora, me vi precisado á pasar á Cumbaraza, no tanto para ver la barraca que nos habían fabricado los jívaros, y sembrar plátanos, yucas y legumbres, cuanto para desvanecer las sospechas que habían concebido los salvajes acerca de los Padres misioneros; pues no se recelaban de decir muy alto que nosotros no bajábamos á Cumbaraza. *Yo pensando*, decían, *mi Padre engañando y Cumbaraza no yendo. Debalde casa haciendo, debalde trabajando, yo pensando*. Con objeto de contentarlos bajé el día 19 de Febrero, dirigiendo la canoa el P. González hasta la primera choza de jívaros. Esperábamos que alguno de la choza del jívaro Conda guiase la canoa, pero el hijo de éste, que se hallaba en la choza, se negó redondamente, y me vi obligado á bajar solo con un peón, y al anochecer, después de habernos visto en grandes peligros, llegamos al sobredicho punto, donde hallamos muchos infieles, á quienes saludamos y explicamos el objeto de nuestro viaje.

Mientras nos preparaban alguna refección, les leí la Doctrina cristiana en jívaro, y rezamos el Santo Rosario; pero como los infieles no saben el español, seguían nuestro rezo haciendo un rumor monótono y pronunciando con los demás la palabra *Amén*. Al día siguiente celebré la Santa Misa, que sin duda fué la primera que se ha dicho en este lugar. Después de la Misa me trajeron tres niños para que los bautizase, pero como para ello les exigí que me los diesen, para educarlos en la Religión cristiana, no quisieron acceder á ello; y solamente bauticé uno, que me pareció se hallaba moribundo, poniendo á los demás un nombre cristiano, como lo tienen casi todos los jívaros. Después de haber sembrado algunos plátanos, yucas, etc., nos volvimos á Santa Ana de Zamora el día 21. A los pocos días mandé al P. González con algunos peones á Cumbaraza. Durante la Cuaresma hemos hecho el *Via Crucis*, y celebrado el mes de San José y Septenario de los Dolores para satisfacción de los cristianos colonos, que viven en el pueblo. También los preparamos para el cumplimiento pascual; y el Jueves Santo comulgaron unos cincuenta, que son los que forman la colonia.

Aunque parezca poco lo que hemos conseguido, relativamente es mucho; pues hay que tener en cuenta que estamos planteando una Misión entre infieles, y nos hallamos faltos de personal y de muchas cosas que nos son necesarias, y no nos podemos proveer de ellas. Entre tanto, sírvase encomendarnos á Dios, á fin de que nos dé fuerzas para continuar el ministerio apostólico, y conquistar almas para el cielo.

### FILIPINAS

#### *Religión, falsas creencias y raras costumbres de la raza montés*

El Rdo. P. José María Clotet, de la Compañía de Jesús, escribe desde Talisayan al reverendo Padre Rector del Ateneo Municipal de Manila una interesantísima carta, de la que extractamos lo siguiente:

Los monteses, conocidos en Mindanao con el nombre de *Buquidnons* (habitantes del bosque), hallanse en el distrito de Misamis, y pueden considerarse divididos en tres grandes grupos: el primero



abarca á los que se extienden por los montes y fértiles vegas bañadas por los ríos Tagoloan, Cagayán é Iponan; el segundo comprende á los colindantes con los manobos del Agusan entre Gingóog y Nasípit; y forman el tercero los que viven en la margen derecha del río Pulangui y en algunos de sus afluentes.

De lo que acaba de exponerse fácilmente se comprenderá que si bien los *Buquidnons* tienen algunas particularidades que les distinguen de las demás razas, como es natural; participan, no obstante, en su modo de ser habitual, social y religioso de las otras razas á ésta límites, como lo haré notar en el decurso de esta breve relación. Su número no se sabe á punto fijo, pero puede calcularse que pasan actualmente de trece mil. Son de buena estatura y talle garboso, y aun agraciados; su carácter es afable y campechano, y parecieronme tan listos y cultos algunos de ellos, que en nada cedían á los visayas más civilizados: á juzgar por la franqueza con que hablan al Padre misionero, y por la naturalidad con que tratan sus negocios con los antiguos cristianos, nadie diría que fuesen infieles. Por el alcance de sus inteligencias (como decía muy bien el P. Urios) les alzaría por reyes de todos los manobos, viendo lo mucho que á éstos aventajan; aunque á decir verdad siempre se les conoce á los infieles, cualesquiera que sean, que su entendimiento está oscurecido y trastornado por ideas falsas, que trascienden á todos los actos de su vida, y que en la raza de que trato se manifiestan por ciertos resabios de egoísmo, interés y pagamiento de sí.

Por lo que he visto y sé de oídas, puedo asegurar que el traje de los monteses hace ventaja al de todas las demás razas de Mindanao en punto á decoro y modestia; y al afirmar esto, refiérome no sólo á los hombres, sino también á las mujeres. Las sayas, que llevan hasta los tobillos, ciñen muy bien á la cintura su camisa blanca, y encima de ésta llevan otra cortísima y ajustada á la cual cosen trocitos de tela de muchos y variados colores en forma de graciosa taracea; y las mangas, cortas y anchas, tienen adornos del mismo estilo. Tienen gusto en escoger los colores y los dibujos con que adornan sus trajes. Del lado izquierdo de la cintura cuelgan zarcillos y manojitos de yerbas olorosas entremezclados con abalorios y cascabeles. Sendos anillos de cobre, latón ó plata en las piernas, bastante holgados, producen al andar cierto sonido, que llama la atención del que ignora tal usanza. El peinado es también singular y característico, porque la mata principal del cabello, sin trenzas, la revuelven y anudan en forma de un grande y alto moño; al rededor de toda la cabeza cuelgan mechales bien cortadas é iguales, que en la frente toman la forma de cerquillo, que algunas veces casi les llega á tapar las cejas; y déjanse crecer los aladares en demasía, si bien les da esto una gracia especial. Corona dicho peinado una vistosa peineta, bastante bien labrada, de un metal más ó menos precioso según la riqueza de la que la luce. Muchas son las que van materialmente cargadas de brazaletes desde las muñecas hasta muy cerca de los codos, unos de metal, otros de concha Carey, otros de taclobo, etc., etc. Para adorno de las orejas suelen llevar unos anchos aretes (*balaring*), formados de un cilindro de madera, blanda por

regular, á cuyas bases se adaptan dos planchitas redondas y desiguales de latón, plata, oro ó cobre cincelado. Para lucir estos aretes se agujerean desmesuradamente los pulpejos de las orejas, hasta que la laminita menor pase por dicho orificio, para que el cilindro pueda apoyarse en los bordes interiores del mismo. Collares y anillos, los tienen de varias clases, y algunos de ellos de mucho valor: á menudo están formados con sartas de abalorios de distintos colores, entretejidas. No pocas veces cuelgan de los collares racimitos de cascabeles, y conchas ó mechones de seda azul ó encarnada. Otros collares, que llaman *balucag*, hacen con cerdas de jabalí, que tejen en forma de pequeños aros, uniéndolos entre sí á manera de red, aderezados con fragmentos de conchas, cuentas de cristal y otras bagatelas por el estilo. Llamóme singularmente la atención un collar de monedas de plata bastante antiguas, y que disminuían progresivamente desde el centro á los extremos: ocupaba aquél un duro de Carlos III algún tanto aplastado, que formaba como el medallón del collar, el cual, sobre ser original, era de bastante valor, pues unos treinta pesos que valdría son, para un montón de aquellas pequeñas rancherías, un capital. De semejantes alhajas rara vez se desprenden, por más que les apriete la necesidad, y así se explica cómo pasan de padres á hijos hasta muchas generaciones. Las sortijas que vi entre los individuos de esta raza eran todas de latón; pero me consta que no escasean las de oro y plata, y de notar es que con ellas no sólo adornan los dedos de las manos, sino también los de los pies. De todos estos vanos adornos, de aretes, collares y manillas, se despojan cuando reciben las saludables aguas del Bautismo, como quien renuncia al mundo y á sus pompas y vanidades. Se les quitan estos objetos, porque los suelen usar como amuletos contra esta ó aquella enfermedad, contra tal ó cual daño que temen, ó para alcanzar más fácilmente lo que pretenden, etc., etc.; dales en cambio el Padre Misionero medallas, rosarios y escapularios, que gustan mucho de ostentar, llevándolos pendientes del cuello.

El traje de los hombres es sencillo y el ordinario de los indios, pero de mucho valor, cuando van de etiqueta: entonces gastan calzón largo de tela de Europa, y muchos usan chaquetas del mismo género, y finos sombreros de castor, sin faltarles sus botitos y camisas de mucho precio, no por fuera éstas, como los demás indios, sino ocultándolas lo más posible, á no ser la pchera, sobre todo si tienen buenos bordados. Los que hacen gala de más cultos se cortan el pelo y lo cuidan; pero los más remontados, y que tienen poco trato con los cristianos, se lo dejan crecer sin cuidado alguno, y lo revuelven para formar el moño, que esconden en el pañuelo, rojo de ordinario, que llevan atado á la cabeza, al estilo de los charros de Aragón. Es considerado por algunos como importante adorno de sus personas pintarse los dientes de negro, y afilarlos por medio de pedernales, que hacen para ellos las veces de lima; y, aunque no lo he visto, hanme asegurado que los muy ricos cubren su dentadura con laminillas de oro sumamente delgadas, y que sólo se las quitan para comer. Es gracioso ver entre los antiguos cristianos á los monteses recién bajados del bosque, los cuales, para no ser





El Sr. Hebrard

El Rdo. Baurón

El Sr. Dumont

TÚNEZ.— Los tres viajeros de Cartago por el Sahara

tenidos por *Buquidnons*, se presentan tan acicalados y andan con tal tino por las calles, que parece que no ponen los pies en el suelo, y siendo tan poco naturales en sus movimientos, mueven á risa á los demás en aquello mismo con que pretenden su agrado. No hay mejor gracia que la naturalidad.

A poco que examinemos lo que pasa entre los individuos de esta raza, ya por las deidades que invocan, ya por sus sacrificios, ya por sus cantos y tradiciones, echaremos de ver que tienen algunas ideas de Dios, del cielo, de la eternidad y del primer hombre; pero tan materializadas, empequeñecidas y desfiguradas, que sólo al trasluz se puede adivinar la grandeza de las verdades primitivas. Como politeístas que son, colocan cuatro dioses en los cuatro puntos cardinales: al Norte, *Domalóngdong*; al S., *Ongli*; al E., *Tagolámbong*, y al O., *Magbabaya*; los cuales con su sabiduría y poder rigen y gobiernan esta gran máquina del mundo que habitamos. El dios *Magbabaya*, que es decir *Todo-poderoso*, tiene como iguales en categoría al dios *Ibabásng* y al *Ipamahandi*: aquél es invocado para el feliz parto de las mujeres; éste cuida de los carabaos, caballos y demás ganados mayores y menores; y como raro es el *Buquidnon* que no tenga algunos de estos animales para sus faenas ordinarias, de aquí el que invoquen á esta divinidad con tanta frecuencia y en cualquier percance desagradable que á dichos animales suceda. Del *Tagumbanua*, ó dios de las sementeras, esperan la buena cosecha, y le dedican la fiesta, que llaman *caliga*, después de la recolección de los frutos.

A los *Tao sa súlub* ú hombres de la selva (que vienen á ser como los *anitos* de los infieles ilocanos) invocan en sus guerras, enfermedades y viajes, etc. Estas deidades, según ellos, son genios que viven dentro de los troncos de los grandes árboles ó de enormes peñascos, é intervienen en las cosas de los mortales, dañándoles ó favoreciéndoles, según les sean contrarios ó propicios. Noté en cierta ocasión que al pasar por debajo de un frondoso árbol llamado *balite*, el montés que me acompañaba bajó la voz y se puso muy encogido; preguntéle la causa, y después de muchas instancias tuvo por bien darme la explicación de aquel su encogimiento con estas palabras:

—Los *Buquidnons* afirman que el *balite* es la habitación del *Magtittma*, ó ser invisible de los bosques, el cual si no recibe algún sacrificio de gallinas blancas, se irrita contra los mortales, y no les deja cortar la madera, y les envía enfermedades; y yo, aunque no creo estas cosas, tengo cierto temor al pasar junto á estos árboles.

Animéle á desechar tan supersticiosas creencias y á confiar en Dios, que es el único que puede librarnos de todas las enfermedades y peligros de alma y cuerpo. Figura para los *Buquidnons* como Dios muy respetado el llamado *Tigbas*, al cual miran con mucha reverencia, porque lo creen bajado del cielo; sólo lo tienen los primeros dattos de entre ellos. Dicho ídolo es de piedra, así como el pedestal que lo sostiene. Guárdanlo con sumo cuidado entre los objetos más apreciados de sus progenitores, y sólo lo muestran á los que conside-



ran muy allegados á sí por razón de amistad ó parentesco.

El *Talián* es otro idolillo que representa la figura de un mono sentado en cuclillas: lo fabrican de la raíz del saúco; ordinariamente lo llevan pendiente del pecho por medio de un cordoncito, que el infeliz *Talián* tiene atado al cuello. Cuando van de viaje y temen una celada, toman este idolillo por el cordón, y lo dejan al aire libre á manera de plumada, y hacia el sitio á donde mira al pararse, allí dicen que están los enemigos preparándose una emboscada; y para librarse de ellos dejan el camino comenzado, siguiendo otro totalmente distinto. Si padecen alguna enfermedad, sumergen el idolillo en un vaso de agua, y la beben inmediatamente, pensando de esta suerte recobrar la salud perdida. Algunas veces, dicen, basta tocar con él el miembro dañado ó la parte dolorida, para encontrar alivio y aún sanar del todo. Finalmente, se sirven de él para adivinar dónde están los objetos ó prendas que acaso perdieron. Al *Búsao*, ó mal espíritu, procuran tenerle siempre contento, y á este fin le ofrecen manjares y bebidas, cantando y bailando á su usanza, y recitan al mismo tiempo algunas preces, para que les libre de tal ó cual calamidad que temen. Los ancianos son por lo regular los que ofrecen los sacrificios, los cuales suelen consistir solamente en el ofrecimiento de frutos de la tierra y en la inmolación de algunos cerdos

pasaré á decir algo de sus casamientos, los cuales se conciertan por la sola autoridad de los ancianos ó del Masalicampo (1). Este, que es también quien dirige todos los principales asuntos de sus sáopes, determina por propio parecer que se efectúe el enlace entre tal joven y tal doncella, bien sea por insinuación de los novios, bien por la súplica de los padres de éstos. Mediando, pues, algunas promesas entre los padres de la novia y el padre del joven, llamados los parientes de una y otra parte, reúnen en la casa de antemano preparada, donde todo debe ser abundante, pero de modo especial un licor llamado *pangasi*, que conservan en unas grandes tinajas. Llegada la hora del casamiento, después de haber cambiado algunas palabras los novios entre sí, reciben de sus respectivos padres una bola de morisqueta, que sostienen unos momentos en la palma de la mano, y luego el novio da la bola de morisqueta á su esposa, y con esta ceremonia queda efectuado el matrimonio. Con ella se indica, como es obvio, el deber que tienen de sustentarse mutuamente y de procurar el sustento á la familia. Entáblase entre los convidados una animada *bichara* mientras dura la comida, abundante de manjares, salsas y mejunjes, arreglados con mucha anticipación, y sigue á este género de convite una borrachera solemne, efecto de aquel brevaie, que chupan con largas cañas, introduciéndolas en las tinajas que lo contienen. Como no sean



CEILÁN.—Iglesia de San Patricio, en Molligoda. (Pág. 468)

y gallinas, á fin de obsequiar ó desagraviar á alguna de sus deidades. Uno de sus altares más comunes consiste en una columna con un plato en la parte superior, conteniendo algunas ofrendas; los dos travesaños de madera que se ven en su parte media, están destinados á sostener los idolillos.

Dejando otras muchas cosas supersticiosas acerca de sus dioses, que no menos que las anteriores dan una idea del triste estado en que yacen estos pobrecitos,

los *dattos* ú hombres principales, pocos son los que tienen dos ó tres mujeres, lo cual por desgracia es más común en otras razas infieles.

(1) *Masalicampo* ó *Maestre de campo*, es un título que antiguamente daban las Autoridades superiores á los montes es que se habían distinguido en algún servicio á España ó á su Gobierno, v. gr., combatiendo contra los moros en favor de nuestra bandera, como se ve por el título despachado á petición del P. Ducós, de la Compañía.



## FIDJI (Oceanía)

*Solemne recepción del Ilmo. Vidal en Rotuma*

Nuestros amigos leerán con interés la siguiente carta que desde Levuka escribe el Ilmo. Vidal, marista, vicario apostólico de las islas Fidji. Los detalles de su recepción en la isla Rotuma demuestran la religiosidad de sus habitantes y el cariño que profesan á sus padres en la fe.

ENTRE las islas de mi extenso vicariato que he podido visitar hasta el presente, Rotuma es tal vez la que me ha causado más honda impresión, y hecho concebir más lisonjeras esperanzas. Y eso que hace muy pocos años que esta Misión, largo tiempo perseguida, estuvo en inminente peligro de perderse.

No es ahora ocasión oportuna de referir su historia: recordaré solamente que al ocurrir la muerte del reverendo P. Dezest, en 1872, estaba también agonizante, como su último misionero. ¡Cuán conmovedora es la escena, magistralmente referida por un ilustre escritor, que ofrecieron dos generosos apóstoles, solos y ambos moribundos, preguntándose quien de los dos podría celebrar la última Misa para recibir por vez postrera la Sagrada Comunión por sus propias manos y administrarla á su hermano en el sacerdocio, antes de extenderse juntos en el mismo féretro!

El Señor conservó al Rdo. P. Trouillet para que bajara en la evangelización de Rotuma, y á fin de asegurar su completo restablecimiento, el Ilmo. Elloy le autorizó para que abandonase momentáneamente su residencia y fuese á descansar en la Misión del centro. Mas el celoso Padre, comprendiendo cuán funesto sería para el porvenir religioso de su cristiandad el abandono total de la misma, se ofreció á quedarse solo, si era preciso, y á gastar sus fuerzas y su salud en el servicio de sus queridos rotumanos. Desde entonces las cosas cambiaron de aspecto. Un apóstol había dado su vida por la conversión de este pueblo, y otro se sacrificaba por él á pesar de los rigores de la enfermedad y las tristezas del aislamiento. Tales fueron para Rotuma el precio y el preludio de mejores días.

Indicaré á V. de paso un hecho extraordinario que acaba de referirme el P. Trouillet: Una anciana sacerdotisa de los ídolos dijo poco tiempo antes de la venida de los Padres: «Veo llegar dos sacerdotes blancos: su religión es muy distinta de la nuestra. Si uno de ellos muere aquí, esta religión prosperará y renovará la faz de la isla. Si ninguno de ellos muere, su religión se extinguirá.»

Me limito á citarle á V. esta profecía, que es histórica. Ahora permítame V. le ponga de manifiesto lo que puedo muy bien llamar el principio del triunfo.

El 1.º de Julio embarquéme para Rotuma á bordo de una goleta mercante: acompañábanme el P. Schneider y un joven misionero recién llegado de Europa. Merced á un viento excepcionalmente favorable, en tres días llegamos á la isla. Como era ya de noche, el Padre Schneider nos suplicó que permaneciésemos á bordo hasta que hubiese dado aviso á nuestros neófitos, quienes deseaban recibirnos solemnemente. Como éstos habían hecho grandes preparativos, para no disgustarles

consentimos en aguardar hasta el día siguiente. Mientras nos acomodábamos lo mejor posible, el P. Schneider fué á participar nuestra llegada al P. Trouillet. Cundió rápidamente la noticia entre los católicos, que por la noche dieron la última mano á los adornos. Querían hacernos una recepción tan brillante por lo menos como la que se nos dispensó el año pasado en Fidji.

Al amanecer del día siguiente la isla entera parecía literalmente empavesada. A las diez el P. Schneider vino á anunciarnos que en la orilla nos aguardaría una piragua para transportarnos al sitio en que debía formarse la procesión. Aprovechamos el tiempo que nos quedaba para hacer una visita al Residente inglés, á quien conocía particularmente. Es católico, y exmiembro del Gobierno colonial en Fidji. Nos recibió cordialmente, y como los jefes estaban á la sazón presentes, el magistrado se dignó presentármelos, y al mismo tiempo les manifestó su deseo de que tomasen parte con los católicos en nuestra recepción solemne. Nunca me hubiera atrevido á hacer semejante proposición, que poco tiempo antes hubiera parecido inadmisible. La iniciativa del Residente me llenó de alegría, pues todo redundaba en bien de la Religión: también él tomó parte en la fiesta.

Despedíme para montar en la embarcación que nos aguardaba en la orilla, y con próspero viento llegamos ante la residencia de los Padres. De lejos vimos ya gran multitud de indígenas cubiertos con sus mejores galas. Las mujeres iban adornadas con ropas rozagantes, y los hombres y los jóvenes con los cascos de guerra cuajados de plumas de varios colores. Todos estaban armados con fusiles, que en otro tiempo causaron tantas víctimas entre nuestros católicos. Gracias al cielo, estos instrumentos de destrucción sólo sirven ya para las fiestas pacíficas y los regocijos nacionales. Hoy darán nuevo brillo á la recepción del Obispo, y saludarán este triunfo de la Religión divina de la cual aquí es jefe.

En efecto, así que se acerca á la orilla nuestra piragua, nos saludan con prolongadas detonaciones, y los jefes se adelantan para recibirnos. En su calidad de descendientes de los chinos (1), no han olvidado preparar un inmenso palanquín en el que debo instalarme, pues así es como el jefe religioso tiene que hacer su primera entrada. Pero los chinos del Celeste Imperio sin duda nunca han construido un palanquín semejante.

Tenía tres pisos, y consistía en unas enormes andas, cuyas múltiples varas se disputaban veinte portadores. Encima de estas andas estaba fijo... el catafalco de los muertos, si bien disimulado bajo guirnalda de verdor. Por último, un pesado y sólido sillón formaba el tercer piso y dominaba el monumento.

Medí no sin temor la altura á que querían encumbrarme; mas el P. Schneider se apresuró á tranquilizarme diciendo:

(1) Los rotumanos proceden de una mezcla de chinos y samoanos.



—Ilustrísimo señor, esto es muy sólido; respondo de ello.

Oré ante la cruz que me presentó el P. Trouillet, y después de ponerme los ornamentos sagrados, con ayuda de un misionero subí á lo alto del palanquín, que robustos portadores cargaron en sus hombros, levantándome á una altura que me daba vértigo.

Hombres, mujeres y niños seguían en perfecto orden detrás de la cruz, cantando himnos sagrados. Un coro de jóvenes y catequistas nos precedía inmediatamente, ejecutando con afinación el *Ecce sacerdos magnus*, y dos ó trescientos guerreros nos daban escolta de honor. De esta suerte adelantamos lentamente, conmovidos hasta derramar lágrimas, y orando y bendiciendo al pueblo.

¡Oh qué dicha la del P. Trouillet, que veía realizado su sueño dorado de misionero! ¡Cuántos trabajos recompensados en un solo día! ¡Cuántas penas y fatigas olvidadas!

Nuestros católicos quedaban victoriosos. Por fin veían á su Obispo, á quien tanto tiempo habían aguardado. Los paganos y wesleyanos se burlaron mucho de ellos cuando vieron salían fallidas sus esperanzas, y les decían irónicamente que tal vez me habían devorado los salvajes de Fidji, puesto que nunca llegaba.

La procesión duró media hora. Los jefes querían á porfía llevar las varas del palanquín, sin que les arredrase la fatiga, pues eran más de veinte, y la satisfacción les aligeraba el peso.

Un nuevo fuego de pelotón saludó nuestra entrada en la iglesia, y la guardia de honor formó cordón en torno del altar mientras celebramos la Santa Misa ante una multitud piadosamente recogida.

El P. Trouillet tradujo al pueblo las palabras que salieron más de mi corazón que de mi boca, y el anciano misionero no estaba menos conmovido que su Obispo.

Al fin de la ceremonia di la bendición papal, bendición que se extendió á cuantos han contribuido generosamente á la prosperidad de esta Misión. El magnífico espectáculo que teníamos á la vista era obra suya tanto como nuestra.

Las fiestas continuaron los días siguientes, durante los cuales celebramos reuniones exclusivamente religiosas, y otras mixtas, para tratar, de concierto con el magistrado y los jefes, del porvenir temporal del país.

Las solemnidades de aquellos días no fueron turbadas por el menor disgusto. La de clausura sobre todo, en que hubo Comunión general y numerosísimas confirmaciones, fué imponente. El Residente dirigió por sí mismo los cánticos y tocó el armonium: los niños de las escuelas cantaron la Misa de Dumont: nada faltó á la fiesta. Parecía verdaderamente una parroquia modelo de Europa; mejor aún, era una isla entera con sus neófitos, poco ha proscriptos y perseguidos, cantando el himno del triunfo y del rescate.

Pero, si bien la libertad de nuestra Santa Religión está ahora asegurada en Rotuma, mucho falta todavía para establecerla sólidamente. Hay que activar la construcción de la iglesia, que se empezó en otra época, y

que no puede terminarse por falta de recursos. Es preciso también desarrollar la obra de las escuelas que para las niñas inauguró sor Saint-Bernard, y para los muchachos el P. Schneider.

Continúe, pues, V. y los cristianos europeos ayudándonos con oraciones y limosnas. Interesen á las almas generosas en esta buena obra, que tanto promete, y que tantos sudores y sangre cuesta, pues, como ya les he dicho, Rotuma tiene sus mártires. Quiera Dios que los sacrificios aseguren la perseverancia de nuestros fervorosos cristianos.

## LA LUCHA CONTRA EL BUDDISMO EN CEILÁN

POR EL Rdo. P. CARLOS COLLIN, O. DE M. I.

### V

*Construcción de iglesias dedicadas á Nuestra Señora del Rosario y á San Patricio.—El asilo de San Vicente de Paúl para huérfanos.*

**H**oy invito al lector á que me siga á Narampitiya, uno de los arrabales de la ciudad de Colombo, donde, en medio de los infieles, hay un grupo de familias católicas, resto de una antigua cristiandad que, á consecuencia de las persecuciones holandesas, y en ausencia de los misioneros, quedó poco á poco absorbida por la población buddista. Muy cerca de aquel lugar vense aún vestigios de una iglesia y de un pozo muy venerados por los católicos de Colombo, recuerdo de un milagro allí realizado, según afirma una edificante tradición.

Nos proponemos levantar una iglesia sobre las ruínas de la antigua, y por este medio volver al redil á muchas ovejas extraviadas que no han olvidado completamente su origen cristiano. El Ilmo. Bonjean solicitó al efecto y acaba de obtener del Gobierno buena porción de terreno á título de indemnización por las antiguas propiedades eclesiásticas de este distrito, que se nos habían quitado.

Tomemos ahora el ferrocarril del litoral de Ceilán, y pasando por bosquecillos y lindos pueblos singaleses llegaremos á Panadura, pintoresca ciudad á orillas de un hermoso río. Por desdicha, tampoco aquí las bellezas morales guardan relación con la magnificencia de la naturaleza, pues Panadura es uno de los centros del Buddismo agresivo. El coronel Olcott y otros *buddistas blancos* han celebrado en esta población sus juntas y conciliábulos, y atizan en ella la llama del fanatismo. En este punto tenemos una iglesia con considerable núcleo de cristianos, y á tres millas más al interior, en Aruggoda, una escuela, pero sin iglesia. Asisten á aquélla de cincuenta á sesenta alumnos, de los cuales sólo cinco son cristianos. No hay allí, en efecto, más que dos ó tres familias católicas; pero es lo suficiente para empezar. Una iglesia con algunos actos del culto y la visita del misionero, impedirá que nuestras ovejas sean devoradas por los lobos que los rodean, y con la gracia de Dios y la bendición de Nuestra Señora del Santísimo Rosario, á quien se dedicará la pequeña iglesia, el grano de mostaza sembrado en Aruggoda confío se trocará en frondoso árbol. Un generoso cris-



tiano nos ha cedido terreno más que suficiente, y el Rdo. P. Millot ha echado ya los cimientos de su futura iglesia. La ceremonia de la colocación de la primera piedra se efectuó con gran solemnidad, á pesar de las amenazas de los buddistas, que habían resuelto dispersar la procesión; pero no se han atrevido á hacerlo. Los infieles suscitan no pocas dificultades al P. Millot: se niegan á venderle piedras, cal y madera para su construcción, lo que obliga al misionero á proveerse de materiales en otros pueblos lejanos.

La Misión inmediata es la de Kalutara: hagamos una visita al Rdo. P. Wilkinson, digno hijo de la verde Erin, que nos mostrará su nueva iglesia de Molligoda, dedicada al glorioso patrón de Irlanda, San Patricio. La cristiandad de Molligoda es una de las más antiguas de la isla, y sin embargo, no ha progresado, pues sólo cuenta una docena de familias, cuando á poco más de dos millas hay la cristiandad de Wadduwa, de origen mucho más reciente, que tiene un millar de fieles. ¿Cuál es la causa de esta diferencia, del estado estacionario en el primer pueblo, y de tan rápido progreso en el segundo? De que los católicos de Wadduwa construyeron desde el principio una capillita de tierra, que substituyeron más tarde con una hermosa y vasta iglesia, mientras que los de Molligoda, no teniendo iglesia ni cosa parecida, viéronse privados de todos los beneficios espirituales que ella proporciona, y paulatinamente les han absorbido los buddistas que los rodean.

Las pocas familias que permanecen fieles, son muy buenas y adictas á la Religión; el P. Wilkinson tomó á pechos el dotarlos de una iglesia. Uno de los católicos

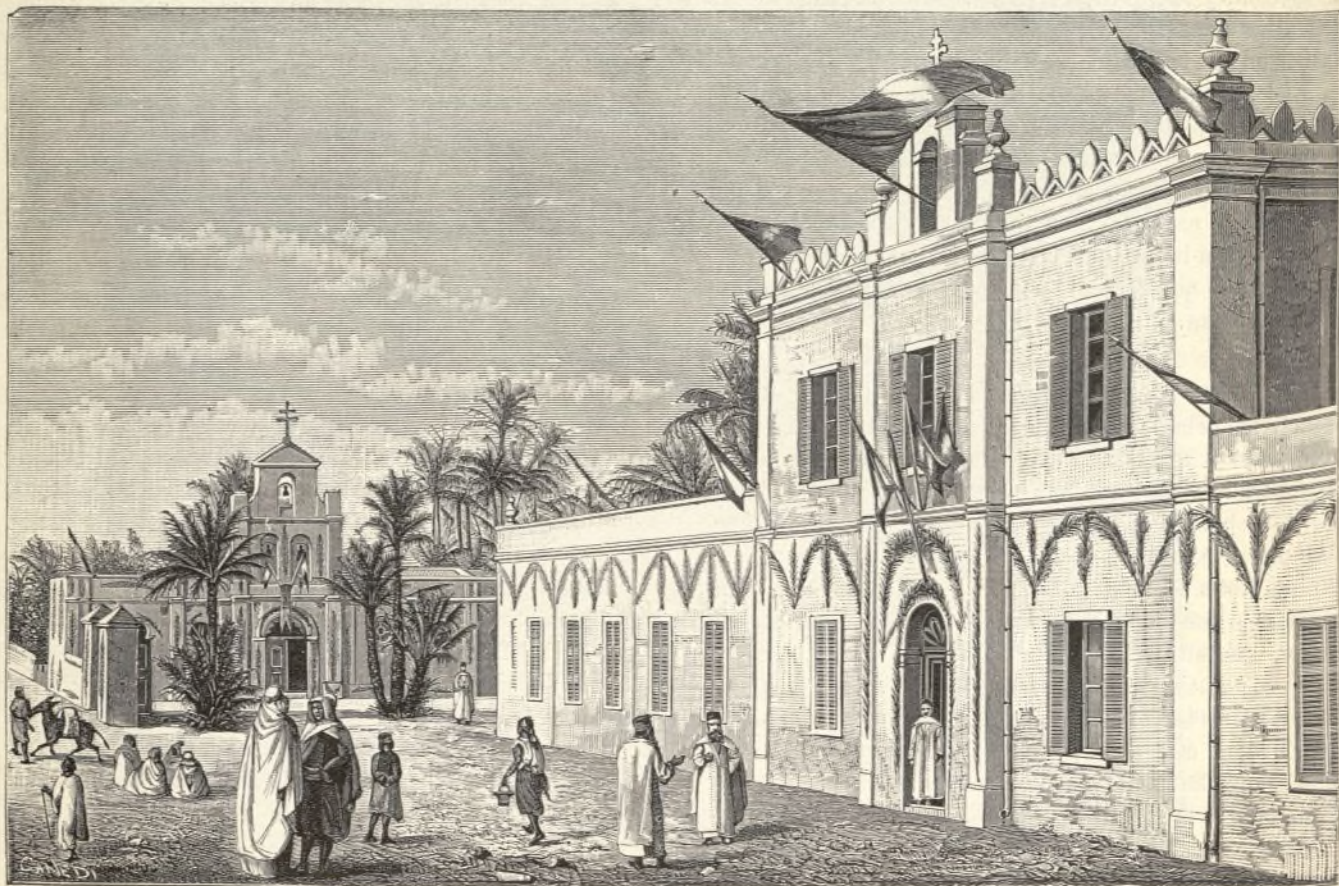
de la localidad le cedió un solar en situación inmejorable, y el 2 de Septiembre de 1890 el Ilmo. Bonjean bendijo solemnemente la primera piedra, siendo tal el ardor con que se emprendió el trabajo, que al cabo de siete meses la iglesia de San Patricio fué bendecida solemnemente, con asistencia de catorce misioneros y de gran número de católicos de las Misiones vecinas. Por el croquis de la pág. 465, tomado el día de la fiesta, el lector podrá formarse idea exacta del género de construcciones que hemos adoptado para las nuevas Misiones en la diócesis de Colombo. Junto á la iglesia hemos instalado una escuela, frecuentada ya por cincuenta niños, la mayor parte buddistas.

Al contrario de los de Aruggoda, los buddistas de Molligoda se mostraron muy favorables á nuestra construcción. Admiróles la prontitud con que fué llevada á cabo, pues los orientales no acostumbran obrar con tanta actividad.

—Necesitamos muchos años, decían, para edificar un *pansala* (templo); mas vosotros habéis construido una hermosa iglesia en pocos meses.

El día de la fiesta vinieron muchos de ellos y ayudaron á nuestros cristianos, y prestáronles sillas, mesas y cuanto necesitaban, llegando algunos hasta á trabajar en el ornato de la iglesia. Esto promete. ¡Dígnese el Señor recompensarles, atrayendo á todos los infieles de Molligoda al redil de la Santa Iglesia!

Alentado por tan feliz éxito, el Rdo. P. Wilkinson se propone, con la gracia de Dios, procurar el favor



ARGEL.—Capilla y residencia de Biskra. (Pág. 476)



inestimable de una iglesia á otros dos pueblos de su Misión. Uno es Maskaduwa, en donde cinco ó seis familias católicas viven en medio de una numerosa población buddista; el otro, Ihebuana, en el Kaluganga ó Río Negro, entre plantaciones de té, en las que un centenar de católicos están empleados como trabajadores.

trísimo Bonjean propónese fundar una escuela para catequistas, en la cual se instruiría especialmente en las verdades de la Religión y se adiestraría en la controversia á algunos jóvenes escogidos, que luego se dispersarían entre las poblaciones buddistas, prestando importantes servicios á los misioneros.



ISLAS FIDJI (*Oceania*).—Trajes de guerra de los habitantes de Rotuma. (Pág. 466)

Se ha obtenido ya solar conveniente para la futura iglesia, que se propone construir en breve el misionero.

No podemos abandonar la Misión de Kalutara sin saludar de paso el asilo de San Vicente de Paúl, para huérfanos, instalado en Maginna, y que según todas las apariencias está llamado á desempeñar un papel importante en la «lucha contra el Buddismo en Ceilán.» Fundada hace tres años solamente, esta Institución alberga ya treinta y cinco niños, nacidos en la infidelidad, y hoy cristianos. Está situada en un vasto terreno perteneciente á la Misión, lo que permite que después de las horas de clase, se dedique á los muchachos á la agricultura. Cultívanse con éxito el cocotero, el canelo, el algodón y otros productos del país, proyectándose instalar lo más pronto posible, contiguo á la granja, una escuela industrial, que nos permitirá dar mayor desarrollo á esta buena obra.

El Rdo. P. Courard acaba de ser nombrado director del asilo de San Vicente de Paúl, y en este momento dedica su atención á levantar una residencia. El ilus-

#### EL CISMA GRIEGO ANTE EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE JERUSALÉN

Con motivo del grandioso espectáculo de unidad y de robustez de vida, que ha dado la Iglesia católica, en el mismo seno de los disidentes, con el Congreso Eucarístico de Jerusalén, ha vuelto á plantearse la cuestión del reingreso de las comuniones cismáticas en la gran unidad católica. No es ésta la vez primera que se presenta la oportunidad de la solución de este problema, de tanto interés para la vida y el desarrollo de la Iglesia católica. Pío IX, á la hora de reunirse el Concilio Vaticano, intentó atraerse á la Iglesia cismática, pero sus demandas de conciliación tropezaron con las mismas negativas que en los tiempos de Focio y Celerario. Posteriormente lo ha intentado también el gran León XIII, aunque nunca con mayores probabilidades de éxito que en la ocasión presente. Así debe de ser, cuando los órganos de la prensa europea de carácter racionalista, indiferente ó impío, dedican extensos artículos á las consecuencias probables de un porvenir



no muy lejano, del de la sublime Asamblea jerosolimitana reunida en la Ciudad Santa, que todas las herejías, cismas y creencias respetan, para conmemorar la Cena de Cristo, que es hoy todavía el lazo de unión principal entre la Iglesia católica y las cismáticas, en mal hora apartadas de su seno.

Una de las Revistas europeas que con criterio racionalista se preocupan de las grandes cuestiones religiosas que de vez en cuando surgen en el seno de las descreídas sociedades modernas, para afirmar la vitalidad del Catolicismo, asegura que ningún suceso considera más indicado por su oportunidad y grandiosidad para un proyecto de unión entre las Iglesias todas, como el Congreso Eucarístico, celebrado últimamente con tanta pompa en Jerusalén, donde el Legado del Papa, haciendo por primera vez después de las Cruzadas su aparición en la Ciudad Santa, ha sido saludado y escoltado respetuosamente por musulmanes, judíos y cismáticos.

Tal fué, en efecto, el pensamiento dominante que resaltó en todas las solemnidades y sesiones del Congreso Eucarístico. Así la gran asamblea católica de Jerusalén, á la vez que ha acrecido el amor á Dios y los lazos de la caridad entre los católicos, recordándoles la unión del Salvador en el Cenáculo con sus Apóstoles, ha sido también, conforme á los deseos expresados por León XIII, una muda pero elocuente invitación á los cristianos disidentes, para que viéndose como se aman los católicos de todas las zonas, lenguas, razas y latitudes, se fusionen dentro del seno de la Iglesia católica con ellos, en un mismo sentimiento de fe, de esperanza y de caridad.

Un periódico de Italia dedica asimismo un largo é interesante artículo á la magna cuestión de la fusión de las dos Iglesias.

Nos dice que durante la celebración del Congreso Eucarístico de Jerusalén, el Papa se informó, día por día, de las disposiciones más ó menos favorables del espíritu público en las regiones orientales, respecto al gran problema de la unión de los cismáticos á la Iglesia católica.

En tesis general, puede afirmarse que la ocasión en que se plantea este problema está muy bien elegida, por la decadencia visible del cisma y del Protestantismo. No ha mucho en Berlín, en las esferas protestantes en que se conserva un resto de sentimiento religioso, cundió la alarma ante la negación de toda especie de fe enseñada públicamente en la capital del Imperio alemán por el profesor de teología, Harnak. Tan grande fué el escándalo, que el ministro de Instrucción Pública se vió obligado á hacer venir á Berlín al profesor Schalatter, que no es más que positivista, y que al menos no rechaza absolutamente toda especie de fe, como su colega Harnak. Los estudiantes de teología dan á la de Schalatter el nombre de escuela del *positivismo*, y á la de Harnak el de escuela del *negativismo*; pero la última es la que tiene más secuaces. De esta suerte la obra de Lutero prosigue su marcha hacia el abismo.

A estas singulares escuelas envían sus futuros prelados las iglesias cismáticas, mal llamadas *ortodoxas*: de manera que si no predicán, de regreso á su país, las

doctrinas de Harnak, débese únicamente á que sus Gobiernos les niegan la libertad de hacerlo: mas no por eso dejan de creerlas, y dentro de poco si las Iglesias *se dicentes* ortodoxas no reconstituyen las escuelas teológicas, que han desaparecido desde hace tanto tiempo en Oriente, habrán de cesar de mandar sus estudiantes de teología á Alemania, para hacerles seguir los cursos de las Universidades católicas.

Inútil es decir que este día la cuestión de la fusión de las dos Iglesias habrá dado un paso de gigante. Empero, no hemos llegado todavía á este punto, y por de pronto León XIII se ha convencido de que las razones que se oponen á una inteligencia, son de orden político más bien que religioso.

Comencemos por establecer que el mayor obstáculo se halla en el estado *acefálico* que es el carácter distintivo de lo que se llama la *Iglesia ortodoxa*. En realidad esta Iglesia no existe; en lugar de ella se alza un pequeño número de Iglesias nacionales y hasta provinciales que, desde el punto de vista del dogma, se conforman con las doctrinas del patriarcado ecuménico griego de Constantinopla, heredero de la Iglesia de Bizancio. Mas téngase entendido que esta comunidad de dogma no establece en favor del patriarca de Constantinopla ninguna supremacía sobre los restantes patriarcados griegos del Imperio otomano, y menos aún sobre las Iglesias nacionales, como lo son las de Grecia, Servia, Bulgaria, Rumania y Rusia.

De ello resulta que aun cuando el patriarca ecuménico admitiera la supremacía pontificia, este reconocimiento no obligaría más que al patriarcado de Constantinopla, y sería preciso luego negociar sucesivamente con cada uno de los restantes patriarcados y exarcados ó Iglesias nacionales.

Para cuantos conocen la cuestión de que tratamos, ésta es la mayor dificultad que hay que vencer, porque cada una de estas Iglesias detesta todavía más las demás Iglesias heterodoxas, y particularmente la de Constantinopla, que á la Iglesia romana.

Entre aquellos en quienes los prejuicios respecto de esta cuestión están más arraigados, hay que contar en primer término á los griegos. «El Papa quiere, dicen ellos, reducir la Iglesia griega á la categoría de una diócesis cualquiera, borrando sus tradiciones históricas características; he aquí por qué se persigue con tanto ardor la fusión.»

Los unionistas, que ganan en número, hacen valer en su favor la decadencia cada día más patente de las Iglesias cismáticas, corolario necesario de la del Protestantismo, con el cual trataron de unirse, no hace muchos años, aunque sin éxito.

## ILMO. CHARBONNEL, MISIONERO CAPUCHINO

La fecunda carrera apostólica de este Prelado, que fué el decano de edad de los Obispos misioneros, y los eminentes servicios que prestó á la Obra de la Propagación de la Fe, son títulos más que suficientes para que honremos su memoria publicando su retrato y la siguiente noticia necrológica debida á la



pluma del Rdo. Chausse, capellán de los Hermanos de San Esteban.

Armando Francisco María de Charbonnel, de los Frailes Menores Capuchinos, exobispo de Toronto y arzobispo titular de Sozópolis, nació en Francia en el castillo de Flachet, cerca de Monistrol-sur-Loire, el 1.º de Diciembre de 1802, siendo bautizado el mismo día por un amigo de la familia, el Rdo. Menod.

Pertenecía á una antigua é ilustre familia, originaria del Vivarés, é instalada el siglo XV en el Velay. Su padre, Juan Bautista de Charbonnel, era conde de Charbonnel, barón de Saussac, señor del Bets, del Flachet y de Cublaize. Jefe de escuadrón en el regimiento de cazadores de Hainaut, tuvo la suerte de proteger la salida de Francia, el 20 de Febrero de 1891, de las Sras. D.<sup>a</sup> Adelaida y D.<sup>a</sup> Luisa Teresa Victoria, hijas de Luís XV y tías de Luís XVI.

Armando de Charbonnel empezó en 1811 sus estudios en el Seminario menor de Roche (Loire), y los continuó con brillante éxito en el colegio de Annonay. Escuchó filosofía y teología en San Sulpicio. En 1823, cuando sólo era subdiácono, rechazó el ofrecimiento que le hizo su padre de ser jefe de la casa de Charbonnel, diciendo que, si abandonaba su vocación, lejos de ser el sostén y el honor de su familia, pondría en riesgo su salvación eterna.

Ordenado presbítero en 1825, fué nombrado capellán de la Duquesa de Berry, contando sólo veintitrés años. No le tentó la gloria inherente á estas funciones, ni las lisonjeras esperanzas que hacían concebir; y presentó su renuncia al Ilmo. Fraysinous, ministro de Cultos, quien le dijo abrazándole cordialmente:

—Mi querido Charbonnel, mucho le quería á V., pero ahora le quiero y admiro mucho más.

«La gracia que Dios me concedió de rehusar este favor, repetía muchas veces el Ilmo. Charbonnel, ha sido á mis ojos, después de la de las santas Ordenes, la mayor de mi vida.»

Habiendo ingresado en la Compañía de San Sulpicio, en 1826 le enviaron al Seminario de San Ireneo, en Lyon, donde fué sucesivamente profesor de dogma, y de Sagrada Escritura. No quiso aceptar la cruz de honor que el Gobierno de Luís Felipe deseaba concederle por los servicios que prestó durante los disturbios de Lyon en 1834.

Después de haber sido profesor en los Seminarios de Versalles y Burdeos, y de haber rehusado el nombramiento de vicario general y de obispo, embarcóse el año 1839 para América, á donde le llamaba su alma de apóstol. Permaneció un año en Baltimore, y aprendió con tanta facilidad la lengua inglesa, que al cabo de cinco semanas pudo hacer un sermón en inglés. Poco tiempo después de su llegada al Canadá, el gobernador lord Sydnham le hizo preguntar si aceptaría un obispado en una colonia británica, á lo que el Rdo. de Charbonnel contestó con viveza:

—Si hubiese querido ser obispo no habría salido de Francia.

Enviado á Montreal como misionero, ejerció el sagrado ministerio con mucho fruto, y allí también tuvo que rehusar el cargo de coadjutor del Arzobispo de Nueva Orleans.

Finalmente, elegido en 1847 obispo de Toronto, en el Alto Canadá, no pudo en 1849 substraerse á este honor, y el año siguiente Pío IX le consagró por sus propias manos en la capilla Sixtina, ofreciéndole una bolsa llena de oro, una rica casulla y un artístico cáliz. Dios sabe cuál fué la vida del Obispo, y los hombres que le trataron de cerca no pueden olvidarla. Adornó magníficamente su bella catedral; fundó muchas casas para huérfanos y el hospital general de la Providencia; llamó á Toronto á los sacerdotes de San Basilio de Annonay para instalar un colegio, á los Hermanos de las Escuelas cristianas para la enseñanza de los niños, y á las Hermanas de San José para educar á las niñas, y cuidar de los huérfanos, enfermos y pobres. Merced á su laboriosidad y privaciones de todo género pagó la deuda diocesana, que ascendía á trescientas cincuenta mil pesetas, y obtuvo del Gobierno canadiense, no sin muchos esfuerzos, tener escuelas católicas separadas de las protestantes.

A petición suya fué fraccionada su inmensa diócesis, erigiéndose otras dos nuevas, una en Londón y otra en Hamiltón. A causa de la multitud de obras debidas á su actividad y celo incansables, los Obispos del Canadá reunidos en Quebec dieron al Ilmo. de Charbonnel el título de «padre y fundador de la provincia eclesiástica de Toronto,» y escribieron á Su Santidad Pío IX que sus obras eran prodigiosas y el pasmo de todo el mundo.

Únicamente él no estaba satisfecho, y ansiaba verse libre de las funciones episcopales para ingresar en la Orden de Frailes Menores Capuchinos. Obtuvo, por fin, autorización de la Santa Sede en 1860 é hizo su noviciado en la provincia romana de la Orden de San Francisco. El Sumo Pontífice le nombró arzobispo titular de Sozópolis. Al concluir el noviciado fijó su residencia en Lyon, y se dedicó eficazmente á la predicación y á los ejercicios de retiro.

Su obra predilecta era la de la Propagación de la Fe. Su palabra sencilla, evangélica, pero siempre original, ardiente y persuasiva, excitaba, tanto en las ciudades como en el campo, el entusiasmo de todos, que se traducían en generosos y constantes donativos. Los dos Consejos Centrales de la Obra pidieron al Padre Santo encargara al Ilmo. de Charbonnel predicara en todas partes en favor de la Obra de la Propagación de la Fe. En contestación á esta súplica el cardenal Barnabo, prefecto de la Propaganda, envió al Ilmo. de Charbonnel un documento en el que le daba plenos poderes al efecto, y se recomendaba á los Ordinarios tratasen con las mayores atenciones á un Obispo tan benemérito.

El cardenal Bonald lo pidió al Sumo Pontífice como auxiliar oficioso, y lo constituyó su representante con voz deliberativa en el Concilio Vaticano.

Las obras de supererogación de esta vida tan bien aprovechada fueron más de cincuenta ejercicios espirituales á eclesiásticos, y también á Religiosas; sermones anuales de Adviento y Cuaresma; Misiones en gran número de parroquias, etc., etc. A los que le advertían que tantos trabajos no parecían compatibles con su edad y salud, contestaba:

—Ya descansaremos en el cielo: acá abajo es preciso trabajar por el Señor.



A petición del Arzobispo de Toronto y sus sufragáneos y del cardenal Caverot, arzobispo de Lyon, el antiguo misionero fué nombrado arzobispo-obispo de Sotópolis por decreto de 11 de Diciembre de 1880.

En 1882, á la edad de ochenta años, á fin de prepararse al tránsito para la eternidad se retiró al convento de La Roche y luego al de Crest, donde murió el día de Pascua, 29 de Marzo de 1891. Sus últimos años fueron un prolongado ejercicio de paciencia y una continua oración, y no cesaba de repetir: «¡Charbonnel, Charbonnel, piensa en la eternidad!»

Al tener noticia de su muerte el Ilmo. Cottón, obispo de Valence, en una circular dirigida á su clero tributó magnífico homenaje al Ilmo. Charbonnel, cuya estancia en Crest juzgó una bendición para su diócesis.

## DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL RDO. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

### XXIV Y ÚLTIMO

*El regreso.—El rícaque y la celada en Ras-el-Ain.—La táctica de los nómadas.—Los akaras.—Zarzis.—Última jornada.—Un somorgujo en el mar.—Djerba.—Ajim.—Hunt-Suks.—Sfax.—Susa.—Sor Joseph.—Conclusión.*

**M**i permanencia en Fum-Tatahuina y las excursiones en compañía de los señores oficiales forman la parte principal de mis gratos recuerdos de Túnez.

Con todo, tantas jornadas á caballo, penosísimas y sin reposo durante ocho días, ha excitado mis nervios y quebrantado mi salud, lo que me obliga á volver á Medenina, para ir desde allí á Zarzis ó Djerba.

Por el camino un violento dolor intercostal me corta la respiración, y me quedo afónico. Paréceme que la tierra da vueltas, y mis sienes laten con extremada violencia. El Sr. comandante Rebillet, al verme de lejos, dispone que su ayudante salga á mi encuentro, y me acompañan á la habitación que me tienen preparada.

Al encontrarme bajo un techo hospitalario experimento alivio indefinible, como si cubriesen mi abrasada cabeza con un velo suave y protector. Tomo inmediatamente abundantes abluciones; restablécese poco á poco el equilibrio en la circulación de la sangre, y cuando se presenta el facultativo he recobrado algo la voz, y puedo agradecerle su buena voluntad y decirle que no son ya necesarios sus servicios.

El dolor, sin embargo, no desaparece, y es intolerable apenas trota el caballo.

El día siguiente parto de Medenina y voy á acampar á la altura de Zarzis, en Ras-el-Ain, en donde el subteniente Merlin ocupa á su gente, provista de aparatos cipriotas, en la destrucción de larvas.

A orillas del Ued y en un bosquecillo de tamarindos y lentiscos hay instalado el campamento. Al anochecer los hombres preparan la sopa, y el oficial me invita á comer bajo la bóveda estrellada. Su tienda es reducida, y con dificultad podemos descansar ambos en ella durante la noche. Un estrecho colchón sobre la arena fina

me proporciona excelente cama, inquietándome únicamente el temor á los escorpiones.

Pero antes de entregarnos al sueño, ¡qué velada más deliciosa! Los soldados han encendido una hoguera á orillas del agua, donde sus movibles siluetas turban en las ondas el tranquilo reflejo de las estrellas. Distribuyo cigarrillos, y en breve la conversación amena, los cantos patrióticos y las expansiones del buen humor resuenan en los ecos del río.

El día siguiente me levanto al toque del clarín; el Ued me sirve de tocador, y abandono el campamento á la primera luz del alba. Por el camino me pongo al tanto de la táctica de los nómadas. Mi spahi siempre hace tarde, y pronto comprendo el motivo. En esta vastísima lengua de tierra que llega hasta Djerba, abundan los pastos, y son numerosas las tiendas á derecha é izquierda de la pista. Así que notan mi presencia los jeques de los aduarez, suben á la silla y me salen al paso, de suerte que se encuentran con el guía.

Sorpréndeme al pronto hallar en esta llanura solitaria tantos jinetes que aparecen de improviso entre la espesura ó de lo profundo de un foso. Después de saludarme, entablan incontinenti con el spahi nada cortos diálogos. Interésales saber quién soy, de dónde vengo, á dónde me dirijo, lo qué sucede en el campamento, en la llanura y la montaña, todo lo cual será objeto de largos comentarios entre los guerreros nómadas. El cuidado con que el guía procura mantenerse á cierta distancia, la familiaridad con que hablan, y el gusto con que se detiene y aun se desvía del camino para entrar en las tiendas, revelan claramente que está unido de corazón con los nómadas sus hermanos. Les da noticias y les advierte de los designios de los Rumis. Estos jinetes árabes son espías que tienen inteligencias en ambos campamentos. Hícelo observar así á los oficiales de Gabes, y me contestaron que gracias á esos spahis están al corriente de todo lo que sucede en las tiendas, y que su familiaridad tiene por objeto captarse la confianza. Lo creo muy bien, pero paréceme asimismo que en caso de una rebelión, estos mismos jinetes servirían secretamente los intereses y la causa de sus correligionarios.

Sigo cabalgando casi en el límite que separa el territorio de los ksurs del de los akaras, y cuya capital es Zarzis, la antigua Gergis. Toda esta faja de tierra fué en otro tiempo floreciente, como lo prueban la naturaleza del suelo y las ruínas que á cada paso se encuentran: devastáronla completamente durante once siglos las hordas árabes que invadieron la Ifrikia: después del tratado del 6 de Agosto de 1535, entre Muley Hassan y Carlos V, los españoles ocuparon el país, lo mismo que las ciudades de la costa. Mas en 1560 el virrey de Sicilia, duque de Medinaceli, encargado de apoderarse de Tripoli, se dejó sorprender en las aguas de Djerba por Piali-Bajá, perdió parte de su flota, y encomendó la defensa de la isla á un puñado de soldados, que sucumbieron todos heroicamente. Para perpetuar el recuerdo de semejante desastre, los turcos formaron una pirámide de treinta pies de altura con los huesos de estos bravos.

Los akaras aparecen con el restablecimiento de la dominación musulmana.



Según sus propias tradiciones, las cuales no merecen entero crédito, son originarios de Segniat-El-Amra, lugar venerado en el imperio de Marruecos. En realidad, los akaras son bereberes, con alguna mezcla de sangre árabe, que se hicieron nómadas á causa de la inseguridad en que vivían antes del protectorado. Hoy manifiestan tendencia á volver á sus costumbres primitivas, y á fijarse en sus tierras de labor y de pasto.

Consideran á Si-Sahia como su antepasado, y honran su sepulcro. Al principio se instalaron en los terrenos incultos que forman la embocadura del Ued-Fessi, y tuvieron bajo su dominio á los bibanos. Como los tuaregs y tuazinos les cerraban las llanuras del Oeste, y los nuailes las del Norte, se dedicaron á la navegación, y emprendieron excursiones que no siempre tuvieron por objetivo el comercio y la pesca.

rechazaron á los nuailes y se repartieron su territorio. De esta época datan las huertas que los tuazinos poseen en el oasis de Zarzis, que tocó á los akaras.

Aumentando de continuo la densidad de la población, inicióse una corriente de emigración hacia las ricas comarcas del Sahel y la Medjerdah, en donde los jiache-akaras, en la actualidad muy numerosos, se han instalado de un modo permanente.

Las tres cuartas partes de los akaras son sedentarios. Cultivan las huertas, plantan olivos, se dedican á la pesca de peces y esponjas, y con sus camellos transportan la sal de Sebka-el-Melka, por cuenta del empresario del monopolio.

Contratan los matrimonios especialmente en estío, y los celebran con detonaciones de armas de fuego, accesorio obligado de todas las fiestas. Los divorcios son



ISLAS FIDJI (*Oceania*).—Vista de Rotuma. (Pág. 466)

A consecuencia de sus relaciones con Djerba y Zarzis, se encargaron del cultivo de las huertas, trabajo á que las exigencias de la vida nómada no permitían se dedicasen los nuailes.

Mas como los akaras son sumamente prolíficos, todos estos medios fueron insuficientes para ocupar los brazos de la tribu, cada vez más numerosa, y empezó la emigración. Parte de la familia fundó al Este de Trípoli, en Legaa, una nueva colonia tan próspera como el tronco de que procedía.

Los bereberes de la montaña quisieron entrar de nuevo en posesión de sus pastos de la llanura, ocupados por los nuailes, venidos de Trípoli. Suscitáronse conflictos, y los uerghemas, de acuerdo con los akaras,

harto frecuentes, y la poligamia muy rara, por no permitirla los escasos recursos de los indígenas. La dote es tan varia, que sube á cuatrocientos reales en Ued-Bu-Ali, y baja á ciento diez en Ued-Said.

El territorio de los akaras comprende la península, los Sekbas, los Bibanes y el litoral. No hay montañas, salvo el Djebel-Ziane, de sesenta y cinco metros de alto, ni río de alguna importancia.

El lindo islote designado con el nombre de Zarzis, contiene numerosos ksurs, por lo común compuestos sólo de bajos, á excepción del ksar de Muensa, que ofrece varios pisos.

Los europeos y los servicios públicos están instalados en el ksar Ued-Bu-Ali. Algunas casas y hermosas



calles recientemente construídas han modificado su aspecto. Las habitaciones, dispersas y sin orden, especialmente al pie de la escarpa formada por el corte brusco del Djebel-Ziane, contrastan por su blancura con el subido matiz de las palmeras. La playa es encantadora, y puede considerarse como la parte más amena del oasis. Por desdicha, escasea allí el agua dulce.

Los akaras son de tez morena, rostro ovalado y nariz chata: córtanse los cabellos sobre la frente, y los llevan largos junto á las orejas. (*V. la pág. 461*). En general son inteligentes y activos. Su número llega á cuatro mil ciento.

Zarzis cuenta además media compañía del cuarto batallón de Africa, un pelotón de spahis y una oficina, en junto cuarenta y cinco europeos entre franceses, malteses, italianos y judíos.

Los dos mercados permanentes de Zarzis los frecuentan los akaras y tuazinos, y raras veces los udermas y ksurs. El puerto es excelente y tiene una profundidad de siete á ocho metros, permitiendo á los buques de mejor calado echar el áncora aún en las mareas más bajas. El flujo, casi nulo en todo el Mediterráneo, sube aquí un metro. No hay todavía construcción alguna para el caso, excepto una calzada sumergida, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. De desear es que los vapores transatlánticos hagan escala en Zarzis: con esto la ciudad naciente adquiriría un comercio importante, y las caravanas del Sur abandonarían la dirección de Trípoli.

Réstame dar cuenta de mi última jornada en la península de Mehabel. Cabalgo en brioso corcel entre numerosísimos rebaños. A derecha é izquierda veo la mar brillante, y al frente Djerba surge de las aguas cubierto de olivos. Un pastor árabe me ofrece tres huevos cocidos, que saca del bolsillo de su albornoz, y me desayuno con ellos en el brocal del pozo de Timazen. ¡Cuánto se me tarda llegar á la isla de Calipso! La soledad empieza ya á aburrirme. Heme ahí al extremo del continente y frente de Ajim, del que distingo el paseo, las casas, los olivos y palmeras. A derecha tengo el mar de Bu-Grara, seis veces mayor que el lago de Bizerta. Fórmalo una faja de tierra llamada El-Kanterá, en memoria del puente gigantesco con que los romanos lo enlazaron con la isla. Junto á mí hay el canal de Ajim, erizado de rocas. Una corriente violenta empuja las aguas de Norte á Sur. Las olas son impetuosas, é impiden que aborde la barca. Saludo á mi spahí, á quien devuelvo el corcel, y hago seña al marinero. Un árabe salta al mar y me ofrece sus hombros.

—No podrás llevarme; mejor será que acerques la barca.

—Bien ves que la mar está picada. Ya te llevaré á la barca.

—No; caerías, y yo te seguiría al fondo del agua.

—Nunca caigo, y transporto á todo el mundo. Déjame hacer.

Subo en hombros del marinero, quien adelanta tropezando. A lo mejor viene una ola más fuerte, que le hace perder el equilibrio, y no teniendo ya entonces en qué apoyarme, doy con mi cuerpo en el agua, tomando un remojón mayúsculo, en memoria quizá del de Telémaco.

Me desnudo en la barca, y mientras se secan mis vestidos, me envuelvo con el cobertor que quedó en el lomo del caballo, mudo testigo de mi desventura.

El árabe, con su camisa de veinte centímetros, pronto está seco, y en mis barbas refiere á los marineros del muelle el somorgujo del Rumi, dándoles desvergonzadamente y á gritos los pormenores del lance antes de haber yo desembarcado.

Me acompañan á casa de Salem-Guerfalah, capitán del puerto, que debe proporcionarme una cabalgadura. Salem me felicita, y me muestra tarjetas de Boulanger y de Thiers, y me pide la mía. La población está reunida delante de la tienda, y mientras tomo la tradicional taza de café, tiritan mis miembros á causa de la humedad del vestido.

Al oír mis quejas contra el marinero, que no se contentó con reír en su interior, Salem le condena á tres días de cárcel: esto le quita las ganas de chancearse. No obstante, suplico y obtengo su perdón.

Al cabo de dos horas me traen un jumento, y montado en él atravieso la isla, franqueando los veinticuatro kilómetros que me separan de Humt-Suks.

Djerba es una huerta perenne. El suelo es igual al del continente; pero aquí los indígenas no han talado los árboles, sobran los brazos, y la tierra produce el céntuplo. Por todas partes vemos hombres y mujeres dedicados á la recolección de las uvas. Los campos están cubiertos de arbustos, cereales, plantas y flores, y las casitas blancas se destacan entre un fondo de verdor, ofreciendo un cuadro deliciosísimo. En algunas partes veo silos para la conservación de diversos productos.

Hum-Suks es una bonita ciudad de blancas cúpulas, rodeada de frondosos huertos con palmeras y olivos romanos corpulentos como encinas. El párroco maltés, Rdo. Aquilina, me hospeda en su casa. Un vaso de lagmi me hace olvidar la persistente humedad de mis vestidos. Por la tarde visito la ciudad, el puerto y la fortaleza española, cuya interesante historia merecería capítulo aparte.

El día siguiente desembarco en Gabes, donde el señor Fournier me guarda un bello *slughi* que me llevaré á Francia.

Otras muchas ciudades adornan la costa como encaje blanco sobre fondo gris y verde. Mahares, Sfax, Mahedia, Monastir y Susa son mansiones encantadas, llenas de flores, verdor y recuerdos. Los progresos de la industria, el bienestar y la civilización se consolidan en ellas rápidamente, de concierto con el desarrollo de la fe cristiana y la multiplicación de escuelas.

Sfax es la capital del Sur, y su obispo el Ilmo. Polomeni trabaja para volver la sede espiritual de Ruspa á su primitivo esplendor. ¡Ojalá logre con su influencia preservar de la destrucción los raros vestigios que aun subsisten de la antigüedad cristiana, como el baptisterio de Trafura, que he visto abandonado á las inmunicias del populacho!

En las calles de la ciudad encuentro el cortejo de una peregrinación árabe, que regresa de una zauia próxima y se dirige á la mezquita á banderas desplegadas y al son del tabol, de la derbuka y de sus cánticos. En otro barrio algunos judíos con trajes ostentosos,



verdes, amarillos, negros y blancos, acompañan un difunto al cementerio cantando salmos.

Susa prospera y su población aumenta de un modo considerable. En ella hay europeos hijos de renegados, cuya fortuna insolente no logra borrar su vicio de origen. Mas encuéntrase asimismo la venerable Sor Joseph, oficial de la Legión de Honor.

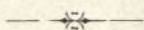
Su pensionado y sus escuelas son insuficientes para todas las peticiones que se le dirigen. A pesar de sus ochenta años continúa siendo la amiga y confidente de todas las familias, tanto cristianas como musulmanas ó judías. Hace cincuenta y dos años que vive en Africa, y ha contribuido no poco á que sean respetados y queridos los europeos. Considérome dichoso dando fin á mi relato con un saludo á la heroica y humilde misionera de Dios y de la patria, que en un cuerpo de mujer atesora el valor del soldado y la abnegación del apóstol.

#### CONCLUSIÓN.

La impresión que me ha producido el viaje que acabo de efectuar, es sumamente grata. Túnez es una conquista preciosa. Ricamente dotada por la naturaleza, ha desempeñado en la historia un papel brillante. Por desgracia el despotismo musulmán lo ha sumido en una especie de decrepitud física y moral y en un estado soporífero que le han hecho perder no sólo sus tradiciones religiosas y políticas, sino también la conciencia de su pasado, de su fortuna y su destino. Ahora por fortuna despierta y prepara la resurrección de su grandeza. Para ello tiene que fecundar inmensos territorios, explotar riquezas sin número, construir vías de comunicación, crear escuelas y modificar leyes. Así será un granero abundante, y el país preferido para la estación invernal.

Ahora sólo falta que afluyan á su territorio los colonos europeos, y que el Prelado pueda contar con suficiente número de sacerdotes blancos y negros para las necesidades de la población católica. ¡Ojalá Túnez, reconquistada al Evangelio, recobre el antiguo esplendor de la Iglesia de Africa, y dé al mundo un nuevo Tertuliano, otro Cipriano y un segundo hijo de Mónica!

## CRÓNICA



**Roma.**—Acompañado de dos neófitos indígenas de la Micronesia, el Rdo. P. Bontemps, misionero del vicariato apostólico de aquel país, se presentó al Padre Santo ofreciéndole copia del Catecismo traducido por él al idioma indígena de aquel archipiélago, siendo recibido con paternal solicitud por Su Santidad, que oyó complacido de labios de los jóvenes neófitos el *Ave María* en el idioma de su país, y los bendijo, así como á toda la Misión del archipiélago de la Micronesia.

**Tierra Santa.**—De una carta que el Rdo. P. Fr. Romualdo, carmelita, escribe desde Trípoli el 15 de Junio último, tomamos lo siguiente:

«Corría el año 1836 cuando el señor Obispo maronita de Trípoli suplicó al Rdo. P. Fr. Eliseo de Santa Bárbara (piamontés) fuese á preparar para la Pascua los fieles de Kobbayat y otros pueblos circunvecinos.

«La necesidad era grande, pues en cinco ó seis pueblos sólo ha-

bía un sexagenario sacerdote maronita. Recibido con júbilo de los habitantes, y habiendo correspondido el fruto al mucho celo de dicho Padre, le propusieron inmediatamente se estableciera en medio de ellos para asistirles, distribuyéndoles el pan espiritual que tanta falta les hacía.

«El P. Eliseo procuró cuanto antes fabricar una pequeña iglesia, si tal podía llamarse una habitación de pocos metros, hecha sin cal y sin otra argamasa para dar solidez y lisura á las paredes que el estiércol de vaca mezclado con ceniza, según la costumbre del país. En cuanto al misionero, una choza árabe era todo su albergue.

«Así se mantuvieron nuestros misioneros asistiendo á aquellos pueblos en medio de la mayor estrechez, hasta que algunos años más tarde, vencidas grandes dificultades é imponiéndose no menores sacrificios, se logró construir una iglesia de regulares dimensiones que está abierta al presente, no lográndose sino algo más tarde construir habitación conveniente para los misioneros.

«Irritado Satanás del fruto espiritual que se recogía, principió á conmover los pueblos turcos que rodean Kobbayat, y no satisfechos los musulmanes de insultar continuamente á los misioneros, se propusieron exterminar á todos los cristianos. Pero advertido á tiempo el consulado general francés de Berito por el Rdo. P. Ignacio de Santa Teresa, prefecto entonces de toda la Misión, se tomaron las medidas para impedirlo, lográndose después de grandes fatigas desvanecer el amenazador nublado que se cernía sobre aquella cristiandad.

«La instrucción que, bien dirigida, tanto contribuye á la educación religiosa de la juventud, fué una de las principales ocupaciones de los misioneros, abriéndose, á pesar de la escasez de recursos, una floreciente escuela de niños.

«La falta de lo necesario, y sobre todo la preocupación del país, contraria á la educación de la mujer, habían hecho infructuosos todos los esfuerzos hechos para abrir escuela de niñas; pero al fin, á principios de este mes se ha logrado abrirla, poniendo al frente de ella dos maestras educadas en un colegio de Religiosas en Jerusalén, y esperamos que los resultados corresponderán á los sacrificios que se han hecho para abrirla, no dudando que los cristianos de Europa enviarán lo suficiente para sostenerla, y con la esperanza de poner más tarde una Comunidad de Religiosas en lugar de las maestras seculares.

«Al presente hay allí dos Padres y un Hermano, uno anciano y de quebrantada salud, después de veintisiete años de misionero, y otro que ha ido hace algunos días para ayudarle; y el Hermano hace de médico, dando las medicinas gratis á los pobres y con pequeña retribución á los demás.»

—En la última Congregación General de Tierra Santa celebrada bajo la presidencia del reverendísimo Padre Ministro General de los Franciscanos, se han hecho los siguientes nombramientos en Religiosos españoles: *Guardianes y Presidentes*: De Nazaret, P. Miguel Guereca; de Belén, P. José Barber; de Jafa, P. Agustín Azpiazu; de San Juan in Montana, P. Juan Ibáñez; de Ramle, P. Salvador Morant; de Caifa, P. Manuel López; de Tiberíades, P. Agustín Sevillano; de Damasco, P. Celestino Fraga; de Constantinopla, P. Manuel Pascual; de Damiata, P. José Hermo; de Damanur, P. Bernardino Fraga; de Kafarzaia, P. Hugolino Maciá; de Chipre, un Padre, cuyo nombre ignoramos; del Hospicio de Alejandría, P. Antonio Casals. Casi todos los referidos Padres desempeñan también el cargo de Curas párrocos en las respectivas poblaciones.

**Armenia.**—Escribe de Armenia un Religioso Franciscano: «Hace ya cerca de quince años que los Franciscanos de Tierra Santa establecieron una Misión en Knaie (Baja Armenia). Tropezaron desde un principio con muchas y gravísimas dificultades, las cuales lejos de disminuirse han ido siempre en aumento. Esto no obstante, de 800 habitantes que había, todos mahometanos ó cismáticos, se han hecho católicos latinos 720, quedando sólo 80 sin convertirse. Desgraciadamente el jefe del pueblo siempre ha permanecido pertinaz, y desde un principio se ha opuesto por todos los medios posibles á los trabajos de los misioneros. Viendo ahora que estos arrastraban en pos de sí toda la pobla-



ción, se ha coligado con otros pueblos vecinos y ha suscitado una terrible persecución contra los cristianos de Knaie. Los hombres han abandonado el lugar, dejando solas á las mujeres y niños, y el nuevo Nerón desahoga en esta pobre gente todas sus iras. Por ahora no corre peligro la vida de los misioneros; pero buen martirio llevan entre tantas persecuciones.»

Lo que hoy está sucediendo en Knaie, ha sucedido hasta estos últimos años en todos los pueblos evangelizados por nuestros misioneros de Tierra Santa, que desde el siglo XIII vienen sufriendo un continuo martirio; y gracias á su constancia y paciencia han podido conservar para la Iglesia latina los principales Santuarios, y han obtenido la tolerancia religiosa que hoy disfrutan en Palestina una porción de Congregaciones francesas.

—El *Oriente Seráfico* de Asís publica las siguientes consoladoras noticias: «Cada día es más acentuado el movimiento hacia el Catolicismo en las montañas que rodean á Latachia. Dos enteras aldeas greco-cismáticas, con sus párrocos al frente, han solicitado del Vicario apostólico su reconciliación con la Iglesia romana. Excepto una sola familia, todos los cismáticos de Kanaje, incluso el párroco, fueron admitidos al rito latino por el Rdo. P. franciscano Fr. Fidel de Greccio. Algún tiempo después solicitaron igual gracia 350 familias de las aldeas circunvecinas. Un Obispo armenio-cismático espera evacuar ciertos asuntos para convertirse al Catolicismo con toda su diócesis.» Si, como es de esperar, la Santa Sede concede amplia libertad á los cismáticos para abrazar el rito latino, dispensándoles de permanecer en los otros ritos católicos, no estará lejano el día en que el Oriente vuelva al seno de la Santa Iglesia romana.

**Asia.**— En el reino de Siam existen 29 iglesias y 24 capillas católicas; 29 estaciones primarias y 43 secundarias. El Vicario apostólico lo es, desde 1875, Mons. Lovico Vegud, de las Misiones francesas, y reside en Bangkok, donde tiene la catedral, y cerca de Ban-Kang el Seminario con 69 alumnos, dedicados á los estudios eclesiásticos. Hay otro colegio en Bangkok con 72 internos y 140 externos, que estudian principalmente las lenguas europeas. Las escuelas elementales son 41, de las que 21 son de niñas con 1,357 alumnas, y 20 de niños con 1,410 discípulos. Las Hermanas del Divino Infante tienen en Bangkok un Instituto con 80 alumnas externas y 43 internas, en su mayor parte hijas de europeos. Las Hermanas indígenas, llamadas Amantes de la Cruz, son 44 y se dedican á la educación é instrucción de las niñas. Por último, hay en Siam 17 orfanotrofios, 4 hospitales, donde en el año anterior se asistió á 524 enfermos, un catecumenado y una pequeña colonia agrícola para los jóvenes.

**Indostán.**—Para que se comprenda bien el inmenso campo que en la India inglesa tienen las Misiones católicas, presentaremos los datos estadísticos más recientes sobre la población de aquellos territorios. La total es de 287.400.000 habitantes, que ocupan una superficie de millón y medio de millas cuadradas.

Los cultos que allí se observan son: Brahmanismo, 211 millones; Budhismo, 7 millones; Mahometismo, 57 millones; idolatría, 9 millones; parsis ó adoradores del fuego, 900.000; Cristianismo, dos millones y medio. El censo á que nos referimos es el de fines del año último de 1892.

**China.**—A consecuencia de la muerte de Mons. Pinchón, vicario apostólico del Su-Chien Occidental, Su Santidad ha nombrado para substituirle al P. María Filián Dumond, alumno que fué del Seminario de las Misiones extranjeras de París. El Padre Dumond, nacido en Saboya, tiene cincuenta y tres años y es misionero en China desde 1869, habiendo desempeñado varias veces el Provicariato apostólico del Su-Chien y reemplazado interinamente á Mons. Pinchón á su fallecimiento, hasta que Su Santidad se ha dignado nombrarle Vicario apostólico en propiedad.

—En China se ha cometido un atentado contra el misionero Padre Vial. Tres bandidos, entrando en su habitación, le asestaron catorce puñaladas y le dejaron creyéndole muerto. Recogido el misionero, fué trasladado á Hong-Kong, y los médicos le han dado ya permiso para que regrese á Francia.

**Argel.**— En la pág. 468 damos una vista de la capilla y residencia episcopal, recientemente construídas en Biskra, por haberse erigido en esta población el nuevo vicariato apostólico de Sahara y Sudán. Dichos edificios aparecen engalanados como en el día de la inauguración. Las habitaciones para los Hermanos

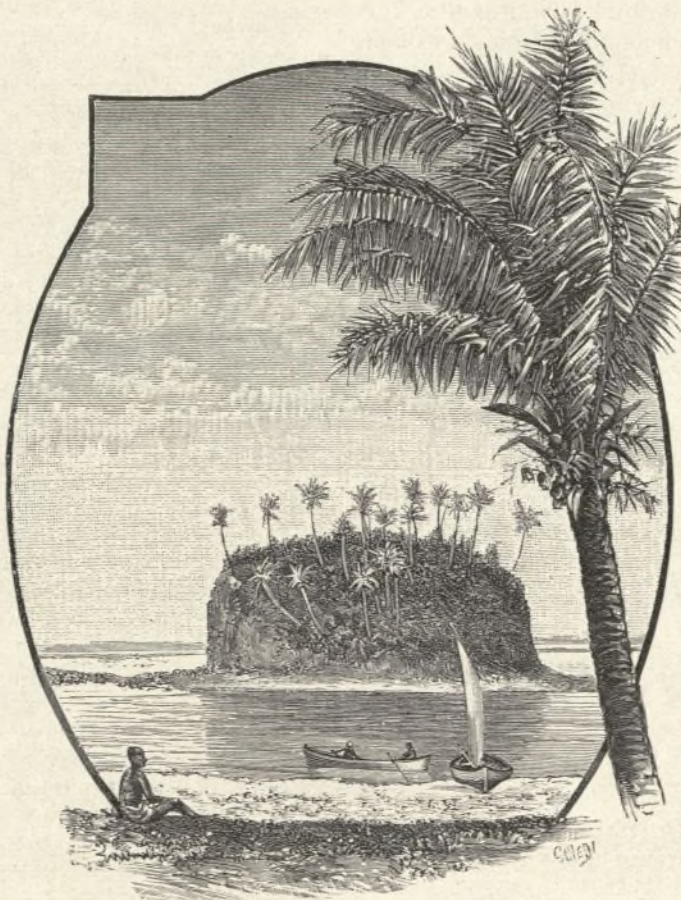
comprenden una casa con cuatro piezas centrales y dos vastos salones de comunidad; duermen en bancos de ladrillos, adosados á las paredes y con esteras. El suelo, asimismo cubierto con esteras, sirve de mesa, y para comer siéntanse en tierra al estilo sahárí-o. Un pabellón en el piso primero alberga á los misioneros. La cocina, despensa y horno por un lado, y la capilla por otro, forman dos construcciones perpendiculares al edificio principal.

**Fernando Poo.**—El reverendo P. Alfredo Bolados, misionero Hijo del Corazón de María, escribe desde Concepción el 1.º de Mayo último:

«La última carta del reverendo P. Luis Saenz, Superior en aquel entonces de esta Misión, y que, como V. sabe, ha regresado á la Península para recobrar su quebrantada salud, y dirigida á la insigne bienhechora de esta colonia española, la Sra. doña María Sors de Forcada y á todas sus dignas compañeras de beneficencia, como se lee en el número de *El Iris de Paz* del 1.º de Julio del 92.

después de darles las más cumplidas gracias por los vestidos que se habían dignado enviar á estos pobrecitos indígenas, da cuenta de los tres primeros matrimonios que se habían podido celebrar mediante el divino favor.

«Ahora, á Dios gracias, puedo comunicar á V. que desde aquella fecha á esta parte se han realizado siete más, y que tenemos fundadas esperanzas de que en día no lejano se formará en torno de esta Casa-Misión un hermoso pueblo de cristianos sinceros,



ISLAS FIDJI (*Oceania*).—Islote del grupo de Rotuma. (Pág. 466)



toda vez que los Colegios de ambos sexos siguen en aumento y que empiezan á entrar también hombres y mujeres de veinticinco á treinta años, y, según parece, con verdadera vocación. Entre los tres matrimonios que bendije el día 6 de Marzo, administré primeramente el bautismo á un hombre de unos treinta años de edad.

«Mucho, por cierto, podrá ayudarnos al expresado fin la limosna espiritual de la oración y la material de vestidos, adornos, tabaco y demás cosas que de tanto en tanto se les pueda hacer.

«Hoy mismo he tenido la grata noticia de saber que algunas piadosas señoras de Barcelona se han dignado hacer un muy lucido obsequio de vestidos al jefe principal de la isla. ¡Qué sorpresa tan grata y satisfactoria habrá de experimentar!

«Interpretando desde luego sus agradecimientos, como también por lo que á nosotros toca, se los damos los más sinceros á estas dignas señoras.»

**Dahomey (Africa Occidental).**—El Rdo. P. Leoron, de las Misiones africanas de Lyon, prefecto apostólico de Dahomey, nos escribe lo siguientes:

«Comienza una nueva era de libertad y de acción para nuestra Misión católica con la conquista que Francia ha hecho en Dahomey. Este país, que hasta el presente nos había estado cerrado y temblando las inmensas comarcas ante las rapiñas y la carnicería de las hordas dahomeyanas, están hoy abiertas á nuestras obras.

«La hora marcada por la Providencia para la regeneración de estos pueblos parece ha sonado ya, y á Francia estaba reservado el cumplir, destruyendo el formidable poderío de los monarcas dahomeyanos, un acto de humanidad y de civilización.

«Abierto está el camino del Evangelio, y á la Iglesia toca dar á estos pueblos la verdadera regeneración moral, la verdadera civilización por la enseñanza cristiana.

«Creemos la familia, la sociedad, esos lazos íntimos que unen los seres por los lazos morales que ennoblecen sus corazones y todas sus facultades.

«Nosotros, que hemos vivido desde hace diez años entre los negros, que hemos estudiado esta raza hasta en lo más recóndito de su naturaleza, hemos podido convencernos de que, bajo la indecisión y la ligereza del negro, hay un buen fondo que desarrollar. En las muchas escuelas que hemos fundado en la prefectura de Dahomey, hemos hallado caracteres realmente preciosos, nobles sentimientos, virtudes, en fin, que hacen esperar que nuestros jóvenes alumnos serán un día la base de una sociedad nueva y rehabilitada.

«Nuestros recursos son escasos, y también escasa la libertad con que se nos ha permitido extender, como deseáramos, nuestras obras cristianas y civilizadoras.

«Pero hoy en Dahomey han caído ya las barreras, y queremos sin demora emprender una fundación, interesante desde más de un punto de vista, es decir, una escuela de agricultura. Dahomey es en toda la costa Occidental de Africa uno de los puntos más ricos por su vegetación.

«Abundan también los ganados, aunque en estado semisalvaje, y pueden ser para ellos una fuente de grandes recursos. Pero estos pueblos no saben utilizar sus bienes, y se abandonan á la vida de la naturaleza. Sin embargo, no son viciosos; son como el suelo que habitan, ricos de fondo, pero sin cultura.»

**Araucania (Chile).**—El M. Rdo. P. Fr. Antonio de J. Márquez, franciscano, en una comunicación dirigida á su reverendísimo Padre Ministro general, dice: «En las Misiones llamadas de la Araucania hay doce Estaciones ó Casas Misionales establecidas en las provincias de Arauco, Biobío, Malleco y Cautín. Veinticuatro sacerdotes Franciscanos pertenecientes á los Colegios de San Ildefonso de Chillan y del Santísimo Nombre de Jesús de Castro sirven estas Misiones, que atienden no sólo á los indígenas, sino también á los cristianos de distintas razas allí existentes, reunidos en los pueblos ó diseminados en los campos. Los misioneros desde el mes de Octubre hasta el mes de Marzo inclusive, recorren por sí mismos las numerosas Reducciones de in-

dios que se hallan diseminadas por los páramos y bosques, con el fin de convertirlos á la fe, instruyéndolos en las doctrinas y verdades de la Religión, y administrándoles los Santos Sacramentos; en cada Reducción se detienen los misioneros á catequizarlos, cinco, diez ó más días. Durante estos tres últimos años ha habido el movimiento religioso siguiente: Bautismos de párvulos, 3,235; bautismos de adultos, 509; confirmaciones, 2,653; matrimonios, 405; asistencia de alumnos, 384; asistencia de alumnas, 483.»

**Filipinas.**—Sobre la vida y virtudes del malogrado muy reverendo P. Fr. Hermenegildo Martín Carretero, provincial de Agustinos, lector jubilado, escribe el Sr. D. Manuel Rávago:

«Otra pérdida irreparable y en extremo sensible ha venido á sumir á la Orden Agustiniiana en profunda tristeza y desconsuelo.

«No repuesta aún del sentimiento que le causara la pérdida de más de diez Religiosos de esta Provincia que en lo que va de año han muerto, casi todos ellos personas de gran valer, hoy llora la muerte del que fué su prudentísimo Prelado, su cariñoso Padre, su venerable provincial Fr. Hermenegildo Martín Carretero.

«Fué el lugar de su nacimiento el pueblo de Andavia en la provincia de Zamora, viendo la luz primera el 20 de Enero de 1848.

«El día de Nuestra Señora de los Angeles del año 1865 vistió el santo hábito de los hijos de Agustín en el colegio de Valladolid, cuna en Religión de tantos ilustres misioneros que han venido á evangelizar estas tierras.

«¡Quién le dijera al P. Hermenegildo que aquel día para él de tanto júbilo en que recibía el negro hábito agustiniano y se ceñía la correa, había de ser, corriendo los años, el último de su vida, la fecha tristísima y por mucho tiempo no olvidada por la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, y piadosamente pensando, el de su nacimiento en el cielo!

«En el mismo mes de Agosto de tan gratos recuerdos para él, el 17 del año 1866 pronunció sus votos simples y el 18 del mismo mes en el año 69, se ligó solemnemente con el triple voto de Religión, á guardar pobreza evangélica, perfecta castidad y rendida obediencia á sus superiores.

«El relevante mérito del P. Carretero movió á sus superiores á confiarle el cargo de pedagogo de los novicios, cargo que desempeñó con lucimiento y general aplauso.

«Pero no era España el campo de acción que la Providencia destinaba al joven agustino para lucir su celo, su virtud y su ciencia, y así por mandato de sus prelados el P. Carretero abandona la Península el 9 de Junio de 1873 y arriba á estas playas el 6 de Agosto, el mes que, como hemos hecho notar, fué el en que se realizaron varios de los más importantes sucesos de su vida.

«En 1874 confiáronle el ministerio de la parroquia de Paombong, y en este pueblo supo ganar los corazones de todos sus feligreses con su bondad sin límites, con su celo ardentísimo, con su inagotable caridad.

«De su parroquia sacóle la obediencia para colocarlo en el elevado puesto de lector del convento de Manila, en donde durante ocho años explicó con lucimiento Teología dogmática y moral, formándose en su clase Religiosos que hoy son gala de la provincia y que no podrán olvidar jamás á su querido maestro, tan docto en sus lecciones, tan amable en su trato, y tan modesto y humilde como sabio é ilustrado.

«Desempeñando este cargo tuvo el honor de conocerle y tratarle el que estas líneas escribe, y confieso francamente que, sobre tantos sobresalientes méritos que aquel hombre atesoraba, lo que más me cautivó, fué su bondad, que yo creía en él ingénita y que tanto contribuía á atraer los corazones de los que una vez siquiera le trataban.

«Ignoraba lo que después supe: que el P. Carretero, como San Francisco de Sales, dotado por la naturaleza de un genio fuerte é impetuoso, había conseguido, gracias á sus continuos esfuerzos ayudados por la gracia, dominar su natural, y hacerse el hombre apacible y mansísimo que todos hemos conocido.

«Su virtud y su ciencia movieron al reverendísimo comisario apostólico de esta provincia, Fr. Manuel Díez González, á poner en él toda su confianza, nombrándole su secretario en la visita



que giró á los conventos de Filipinas en 1887, encargándose después de la cura de almas del pueblo de Taal en Batangas.

«El M. Rdo. P. Gresa, al ser nombrado provincial en 1889, le llamó á su lado nombrándole su secretario, cargo que desempeñó hasta Enero de este año, en que por elección del Capítulo celebrado en Manila, le elevó á la alta dignidad de prelado de esta Provincia del Santísimo Nombre de Jesús.

«Aun recuerdo aquel memorable día en que anonadado ante la nobilísima dignidad que recibiera, fué conducido en triunfo el P. Carretero, entre los majestuosos sonos del *Tedéum*, á la iglesia de San Agustín, á recibir de manos del Presidente del Capítulo los sellos de la provincia.

«¡Cuánto júbilo en sus hermanos, cuán halagüeñas esperanzas concebidas en aquellos momentos, esperanzas que pronto la muerte había de agostar, arrebatándoles aquella existencia para todos tan querida!

«Apenas hecho cargo del mando de la Provincia, el P. Carretero, en cumplimiento de su deber, salió á girar la visita que prescriben las Constituciones, á los conventos de la Orden en Visayas.

«Las penalidades de tan largo viaje, hecho unas veces por senderos escabrosos, otras por caminos intransitables, fueron causa de que se exacerbaba el catarro intestinal que aquejaba al P. Carretero. Ni una queja, sin embargo, se escapó de sus labios, y nadie conoció en Manila el peligroso estado del Provincial, cuando llegó de vuelta de su visita pastoral.

«Sin embargo, el 1.º de este mes el estado del enfermo se agravó notablemente, y los médicos declararon que sin dilación debían administrársele los Santos Sacramentos.

«A las diez y cuarto de la noche del mismo día, el reverendo Padre definidor, Fr. Martín Hernández, acompañado de toda la Comunidad de San Agustín, administró el Viático al P. Carretero. En el momento en que, conforme al Ritual, el P. Hernández preguntó al enfermo si pedía perdón de las ofensas que hubiese podido inferir á sus semejantes, y si á su vez perdonaba á sus enemigos, el Padre Provincial, con voz entera y en patéticas frases, rogó humildemente (él que era la bondad personificada) así á los presentes como á los ausentes, le perdonasen el daño que involuntariamente les hubiera ocasionado, pues con plena deliberación jamás había ofendido á nadie, concediendo á su vez entero perdón á sus enemigos.

«Las lágrimas de sus Hijos que rodeaban su sillón de muerte, fué la contestación que recibió.

«A los dos de la madrugada, el M. Rdo. P. Fr. Fidel Larrinaga le aplicó las indulgencias y le ungió con el óleo santo, y poco después, entre las oraciones de los presentes, casi sin agonía, sin bascas ni contracciones, entregaba al Criador su alma pura, el que fué en vida para todos Religioso modelo, amigo tiernísimo y Padre querido.

«Su entierro, verificado el día 2, fué una manifestación de duelo general y espontánea. Autoridades, Religiosos, vecindario, todos acudieron al templo á elevar una súplica por el que estábamos casi seguros que ya disfrutaría de la visión de Dios.

«El P. Carretero murió como mueren los héroes: en el cumplimiento de su deber, á efecto de las penalidades anejas á su elevado ministerio, y Dios, que pesa en la balanza de su justicia hasta el último adarme de mérito, habrá sabido premiar sus grandes virtudes.»

## LA PATRIA DE NUESTRA SEÑORA

En la gloriosa y santa época de la redención del género humano dividíase la Palestina en cuatro regiones ó comarcas: Galilea, Samaria, Judea y Perea. Esta última era la tierra situada á la orilla izquierda del Jordán, y las tres primeras se repartían el territorio comprendido entre dicho río y el Mediterráneo. Galilea era la más septentrional de las tres, y tam-

bién la más llana, fértil y poblada. Josefo distingue entre la Galilea alta y la baja, y elogia la fecundidad de su término, que era tal, según el historiador hebreo, que «movía al trabajo á los que no tienen voluntad ni costumbre de dedicarse á él (1).» El Sr. Mir, en su *Historia de la Pasión de Jesucristo*, describe á Galilea como «incomparable jardín de Dios, en el cual parece que la naturaleza se hizo violencia para criar los árboles y plantas más distintos, y desenvolver el admirable contraste de todas las estaciones.»

Los viajeros modernos encuentran todavía motivos de admiración en el contraste que ofrecen las pedregosas y tristes montañas de Judea con las risueñas colinas y campiñas de Galilea. Entre éstas encuéntrase la magnífica llanura de Esdrelón, de veinte leguas en redondo, ó sean dos días de viaje, como dicen los árabes, y que es un verdadero paraíso de árboles y arbustos, y de los más encantadores horizontes.

La llanura de Esdrelón se llama también valle de Jezrael, y es famosa en la historia hebrea por haberse librado en ella la batalla que costó la vida al rey Saúl, y por otros célebres sucesos. De Oeste á Este corre hacia el mar, por en medio de la llanura, el Cisón, río que si en verano no merece otro nombre que el de arroyo, en invierno suele ser un torrente impetuosísimo que se sale de madre é inunda una gran extensión de terreno.

En el día de hoy la llanura de Esdrelón, mal cultivada y casi desierta, sólo puede recordar de un modo imperfecto la hermosura que fué en lo antiguo su gala y el orgullo de toda la Palestina. En aquel fertilísimo valle en que vivieron y trabajaron tantas generaciones de israelitas, plantan hoy sus movibles tiendas los beduinos, los cuales suelen atacar á los peregrinos que cruzan de Sur á Norte el valle de Jezrael en demanda del sagrado lugar de Nazaret, en que vino al mundo Nuestra Señora y corrieron los primeros años de la vida de Jesucristo.

Hace diecinueve siglos la Galilea era una región pobladísima. Josefo, en su descripción, ha exagerado sin duda el número de sus ciudades y habitantes; pero aun rebajando lo que parezca razonable, queda siempre una densidad de población superior á la de nuestras provincias de Lugo y Guipúzcoa. Aquella población era muy mezclada; con israelitas descendientes de todas las antiguas tribus, convivían en Galilea muchos paganos, fenicios, siros, árabes y griegos. El elemento israelita era, sin embargo, el predominante; los galileos, celosos observadores de la ley, no se olvidaban de ir á Jerusalén para celebrar las obligadas fiestas religiosas; iban en numerosas caravanas, y no por el camino más corto, que era atravesando la Samaria, sino dando un gran rodeo para no contaminarse con aquellos cismáticos y aborrecidos samaritanos que adoraban á Dios en el monte Garicín, y que habían mezclado al rito mosaico un sinnúmero de supersticiones.

Todos los lugares de Galilea tenían sus sinagogas, y sus doctores de la ley, que la explicaban al pueblo. Abundaban allí los fariseos, pero no los saduceos, políticos intrigantes que acudían á Jerusalén como las

(1) De *Bello Judaico*, lib. III, cap. II.



moscas al panal de miel, en busca de las buenas prebendas y pingües destinos públicos; el saduceísmo no fué nunca secta popular. En cambio, el fariseísmo estaba muy extendido por los pueblos de Israel; los fariseos eran los verdaderos directores espirituales y adoctrinadores del pueblo, al que seducían con sus apariencias de austeridad y devoción, con su celo exagerado por la ley y con su odio á todo lo extranjero. «Los galileos, dice Josefo, son gentes de guerra, y nunca les faltó el valor.» En efecto; en la suprema y desesperada lucha contra los romanos, la Galilea se defendió heroicamente de las legiones de Vespasiano y Tito.

Al Norte de la llanura de Esdrelón, entre colinas verdes, está situada la ciudad ó aldea de Nazaret, que es hoy, al decir de los viajeros, la que mejor conserva la fisonomía moral y material que debió tener hace diecinueve siglos, cuando se verificaron en ella algunos de los más sublimes Misterios de la Redención. Como lugar de montañas, el clima es frío en invierno, fresco en verano y siempre saludable. Las cercanías son deliciosas, con muchas huertas y jardines, regados por aguas cristalinas y oreados por vivificadoras brisas. Los horizontes son estrechos, pero encantadores; al Oeste se descubre el Carmelo; al Oriente, el Tabor; se entrevé el valle del Jordán, y se divisan en último término las llanuras de Perea; al Norte, las montañas de Safed.

La población, en tiempos de Jesucristo, no ha debido pasar de unos 3 ó 4,000 habitantes. En Nazaret no habían entrado las modas griegas y romanas como en otros lugares de Palestina: las casas eran bajas, construidas sin estilo, blanqueadas, con una sola puerta y rematadas en una azotea sin pretilos ni barandales: un cubo de piedra blanqueada, en suma, sin comodidad ni elegancia.

Tal es la fisonomía del lugar en que nació Nuestra Señora. En cuanto á la fecha de este suceso, no puede haber más que conjeturas; Baronio fija el año 733 de la fundación de Roma, veintiún años antes de la Era vulgar; otros señalan el 734, y es la opinión más segura.—E.

## VARIEDADES

### LA MONEDA AMERICANA

La acuñación más antigua de los Estados Unidos, fué hecha en 1512 para la Compañía de Virginia, en las islas Somers, que ahora se llaman Bermudas. Las monedas eran de calderilla, con la leyenda «Somer Island,» y un cerdo en una de las caras, para recordar la abundancia de cerdos en la isla cuando fué descubierta. Esas fueron las famosas monedas «de cerdos.»

La primera acuñación colonial se hizo en Massachusetts en el año 1652, fecha del establecimiento, en Boston, de una casa de Moneda que acuñó moneda de un «shilling» (chelin) «six pence» (seis peniques) «three penny» (tres peniques). Antes de esa época el numérico de los colonos era muy heterogéneo.

Las balas de los mosquetes circulaban por el valor de un «farthin» (cuarto de penique) cada una, y estaban consideradas como moneda corriente en los pagos de cantidades inferiores á un chelin.

El tabaco, el maíz, los frijoles, las habichuelas, etc., también servían de moneda corriente. Sin embargo, el «wampum» (concha de pez testáceo) era la moneda que más se usaba. Era el dinero de los indios, y los colonos lo aceptaron por su conveniencia.

Se conocían dos clases de «wampum»: el «wampum maeg,» que era blanco y hecho con la concha del caracol marino, y el «suckanhope,» que era de color de púrpura obscura y hecho con la concha dura de la ostra pequeña americana. El de color purpúreo valía dos veces más que el blanco. La concha se rompía en pedazos, se pulía con una piedra hasta que quedaba reducida al grueso del tubo de una pipa, se agujereaba con un taladro y se formaban collares, brazaletes y cinturones.

Los ingleses, los franceses y los holandeses usaron el «wampum,» y en 1640 le reconocieron un valor de seis cuentas por un penique. Un collar, un brazaletes ó un cinturón se llamaba «fathom» (braza), y su valor variaba de cinco hasta diez chelines.

El dinero de conchas ha desempeñado un papel muy importante en el comercio del mundo, y todavía se usa en la India, en las islas del Mar Indico y en Africa. En 1851 más de 1,000 toneladas de conchas fueron remitidas desde la India á Liverpool para ser luego exportadas á la costa de Africa y cambiadas allí por aceite de palma. En Bengalan tienen un valor de 32,000 por una rupia, ó sean cuarenta y seis centavos, lo que equivale á sesenta conchas por un centavo. Una de las conchas que todavía se usan en la India como moneda se llama «kauri» (Cíprea moneta,) y es un molusco vistosamente marcado al exterior que los indios ensartan en un cordón hecho de yerba común, con el objeto de facilitar su transporte. Los indios de la Colonia Británica todavía usan una clase de concha que llaman «nalqua.» Las ensartan y usan como adorno para sus trajes. Su valor corriente es el de un cordón de conchas por la piel; de un castor.

Si nos remontamos á la época anterior al «wampum,» encontramos que las monedas aborígenes del continente americano consistían en objetos de forma que revela habilidad y gusto artístico, y que estaban hechos de lignito, carbón, hueso, terra cotta, mica, perlas, corneína, calcedonia, ágata, jaspe, oro, plata, cobre, plomo, hierro, etc. Según Prescott, el dinero de los aztecas y de las naciones consanguíneas, era cañones de plumas de aves llenas de oro en polvo ó de semillas de chocolate.

El chocolate todavía se usa en algunos lugares del interior de la América del Sur, así como los cocos y los huevos.

### UN FALSO MENDIGO

(ANÉCDOTA ÁRABE)

Un árabe del desierto poseía un hermoso jumento que no quería vender á nadie ni por ningún precio.

Daher, beduino de otra tribu, quería que fuese suyo por cualquier medio.



En vano había ofrecido á Nabú por él sus camellos y todas sus riquezas; pero decidido á adquirirlos, se pintó el rostro con el jugo de plantas, se vistió de harapos y se rodeó el cuello y las piernas con débiles cuerdas para parecer un lisiado.

Hecho esto, fué á esperar á Nabú, dueño del jumento, á un camino por donde había de pasar.

Cuando lo vió empezó á exclamar:

—Soy un pobre extranjero, hace tres días que no puedo moverme de aquí ni aun para ir á tomar alimento. Compadecemos de mí, que voy á morir; socorredme, y Alá os recompensará.

Nabú le propuso que subiera á la grupa de su asno y lo conduciría á su casa; pero el lisiado respondió:

—No puedo moverme ni levantarme, no tengo fuerzas.

Nabú, compadecido, baja y acerca el asno, colocando á fuerza de trabajos sobre él al mendigo. Cuando Daher hubo montado, aguijoneó al asno y salió huyendo y exclamando:

—Soy yo, Daher, que he cogido tu asno y me lo llevo.

El dueño del jumento salió tras él y quiso hablarle.

A cierta distancia Daher se detuvo, y Nabú le dijo:

—Te has llevado mi asno, Alá lo quiere: sé feliz con él. Pero te pido por Alá que á nadie cuentes como te has hecho de él.

—¿Y por qué? respondió Daher.

—Porque otro que estuviese realmente enfermo podría quedarse sin socorro, pues si tu estratagema se hiciese pública serías causa de que nadie quisiera practicar la caridad por temor de ser engañado como yo.

Impresionado por estas palabras Daher, reflexionó un momento, y bajando del asno, lo devolvió á su dueño, al cual abrazó estrechamente, y después de estar tres días juntos se separaron, quedando sinceramente amigos.

## NECROLOGÍA

*El Rdo. P. Nicolás Maurón, superior de la Congregación del Santísimo Redentor.*

La Congregación de San Alfonso acaba de sufrir una pérdida muy sensible en la persona del Rmo. P. Nicolás Maurón, quien ha pasado á la eternidad, rico en méritos y virtudes, después de haber desempeñado, durante treinta y ocho años el generalato de su Instituto.

Nicolás Maurón nació el 7 de Enero de 1818 en San Silvestre, cerca de Friburgo, en Suiza. Teniendo dieciocho años de edad, fué admitido al noviciado del Colegio de Padres Redentoristas en Friburgo: hizo su profesión el 18 de Octubre de 1837, y ordenóse sacerdote el 27 de Marzo de 1841.

Los superiores, conocedores de su talento y buen espíritu, le encargaron la dirección espiritual de los clérigos estudiantes, en cuyo empleo siguió varios años, hasta que en 1847 el convento de Friburgo fué suprimido por los radicales, viéndose obligados los Religiosos á huir á Saboya. De Saboya pasó el P. Maurón á Alsacia, donde se ocupó con mucho fruto en las santas Misiones, siendo luego nombrado superior de una Casa. Tanto se distinguió en estas tareas, que el año 1851 fué elegido Provincial de la provincia franco-helvética.

Como provincial, intervino en el Capítulo general de su Congregación, celebrado en Roma en 1855, y si bien era uno de los más jóvenes Padres capitulares, salió electo General de su Instituto, con residencia en Roma. Fué una elección verdaderamente inspirada y providencial, como lo prueban los beneficios excepcionales que de ella resultaron para el bien de la Iglesia y de su Congregación.

El Instituto de San Alfonso se desarrolló con tanta prosperidad, bajo el generalato del Rmo. P. Maurón, que el número de sus miembros, casas y provincias se ha duplicado, contándose actualmente diez provincias en Europa y dos en los Estados Unidos. Además se ha fundado un gran número de Misiones en distintos países del mundo. Las hay en el Canadá, las Antillas, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, la Argentina, el Uruguay y el Brasil. Administran los Padres Redentoristas el vicariato apostólico de la Guayana Holandesa, donde ellos solos ejercen el santo ministerio, teniendo á su cargo la leprosería de Batavia, teatros de heroicos sacrificios, en el cual más de uno de los hijos de San Alfonso pudo inmolarse, como en otra parte lo hizo el P. Damián.

Las más lejanas Misiones son las que la provincia inglesa, desde hace algunos años, ha establecido en Australia, país de gran esperanza para la Iglesia y la Congregación de San Alfonso.

Con gran empeño promovió el difunto Padre General las causas de la beatificación de varios esclarecidos hijos de San Alfonso. Tuvo el dulce consuelo de ver honrados sobre los altares al bienaventurado Clemente M. Hofbauer, insigne propagador del Instituto y al bienaventurado Gerardo Majella, gran taumaturgo del siglo XVII, cuyo proceso de canonización ya está iniciado.

Hizo introducir las causas del ya V. P. Genaro Sarnelli, del P. Juan y Nepomuceno Neumann, que fué obispo de Filadelfia (Estados Unidos) y del P. José Passerat, principal discípulo de B. Clemente M. Hofbauer, cuyas causas se prosiguen con actividad, permitiendo esperar una conclusión favorable.

En los últimos meses de su existencia dió los pasos necesarios para obtener á su tiempo la beatificación de tres de los primeros compañeros de San Alfonso, el P. César Sportelli, el P. Pablo Cáfaró y el Hermano estudiante Domingo Blasucci, el cual se espera será para la Congregación del Santísimo Redentor lo que son, para la Compañía de Jesús, San Luís y San Juan Bérchmans.

No se ha ahorrado al P. Maurón el cáliz de amarguras durante su generalato. Cinco provincias de su Congregación se hallan en estado de persecución; en el solo imperio de Alemania, se han suprimido dieciséis casas, que eran una fuente de bendiciones para las provincias vecinas. Pero si han sido grandes las amarguras del difunto Padre General, al presenciar las persecuciones que sufrió su Instituto, grande ha sido también el consuelo que le proporcionó la poderosa Patrona de la Congregación, María Inmaculada.

Suave y fuerte á la vez, el General era, en el gobierno, una imagen viva de San Alfonso, haciéndose respetar y amar de sus hijos y entusiasmándolos á cualquier sacrificio en su santa vocación, por sus hermosas circulares, y más todavía por el ejemplo atrayente de sus virtudes religiosas. Los dos grandes Papas de su tiempo, Pío IX y León XIII, le tenían en gran aprecio, dándole repetidas veces pruebas inequívocas de su estimación.

Cuando, en el año de 1882, un ataque apoplético ponía en serio peligro la vida del amadísimo Padre General, varios de sus hijos ofrecieron al Señor la propia vida para conservar la de su Superior. El cielo parece aceptó el sacrificio heroico de la caridad filial, prolongando once años más la preciosa vida del Rmo. Padre Maurón, hasta que éste, el 13 de Julio último, confortado con los auxilios de la Santa Religión, consolado por una bendición especial de León XIII y bendiciendo á su vez á todos sus hijos presentes y ausentes, entregó á Dios su alma enriquecida con tantos méritos y obras de santidad.

Su memoria será bendecida por cuantos le conocieron. Recomendamos su alma al Santísimo Redentor, para que pronto y para siempre descanse en paz.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.